

BOLETÍN OFICIAL DEL
Arzobispado
de Burgos

Tomo 162 / N.º 5 / Mayo 2020

BOLETIN ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Tomo 162 – Núm. 5

Mayo 2020

Dirección y Administración
CASA DE LA IGLESIA

El Arzobispo

Mensajes



I LA VERDAD PROFUNDA DE LA SEMANA SANTA

(5-4-2020)

A lo largo de las últimas semanas ya me he dirigido varias veces a todos vosotros para expresaros mi cercanía y mi oración, en medio del sufrimiento y la incertidumbre que en estos momentos nos invaden. Nuestra sociedad sufre y, en nombre de una Iglesia igualmente dolorida, quiero hacerme presente en medio de vosotros, de un modo especial en este Domingo de Ramos cuando comienza la Semana Santa. Vamos a recorrerla juntos, acompañando al Señor y viendo la comunión eclesial, que es siempre un manantial de esperanza.

Nunca hubiéramos podido imaginar una Semana Santa envuelta en un silencio tan desconocido: sin celebraciones comunitarias en los templos, sin procesiones en nuestras calles, sin los pasos que con su dramatismo y belleza hacen visibles el acontecimiento de nuestra salvación... El Pueblo de Dios en camino parece recluírse en una soledad teñida de sufrimiento. La presencia en las iglesias y en los diversos actos, que siempre han tenido lugar en las calles, quedará sustituida por la televisión, la radio, las retransmisiones en *streaming*, la oración personal y comunitaria... Es el vínculo que nos rescata del aislamiento para que podamos sentirnos unidos y convocados a vivir interiormente esta Semana Santa que ahora se nos muestra en su realidad más genuina y verdadera.

Las actuales circunstancias presentan la Semana Santa en su cruda desnudez, y por eso en su verdad más profunda y más auténtica, sin ningún elemento que nos distraiga de lo esencial. Porque estos días se hace patente la actualidad desgarradora del misterio de nuestra redención. Jesús, en su vida y en su muerte, se identificó con los enfermos, con los desnudos, con los presos, con los pobres... «Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, los más pequeños y vulnerables, a mí me lo hicisteis» (cf. Mt 25,40.45). Todos ellos quedaron convertidos en el sacramento vivo de su presencia. Por eso descubrimos su rostro torturado en la angustia de quienes mueren sin compañía, en el miedo de los ancianos abandonados, en la impotencia de los enfermos aislados, en la inseguridad de los profesionales que desgastan su vida en el campo de la sanidad, del orden público, de los servicios esenciales...

Nos disponemos, pues, a vivir la Semana Santa como una profunda experiencia interior, acompañando a Jesús en su agonía; y, como Jesús, invocando al Padre y dejando en sus manos nuestro desconcierto y el aliento de nuestra esperanza. Encontraremos a Dios sin duda de un modo nuevo: como el que acompaña a Jesús en el camino que a través del calvario conduce a la resurrección. Con la prepotencia apoyada en los avances científicos y técnicos de nuestros días, en la satisfacción de la sociedad del bienestar y en la seguridad que aportan los medios humanos, habíamos relegado a Dios a un plano secundario. Pero «no somos autosuficientes, solos nos hundimos», nos recordaba el Papa en la impresionante celebración del pasado día 27. Hemos de redescubrir a Dios en la fragilidad de nuestra vida. Y, a la vez, reconocer todo el espacio que hemos dejado al pecado y al mal en nuestro mundo. El pecado de acción, pero también el de omisión, por la frivolidad, por la banalidad, por la indiferencia que impregnaban nuestro comportamiento y nuestra mentalidad.

La pandemia que ha irrumpido en esta Cuaresma es una invitación a la conversión. Para que desde la mirada de Dios sepamos prepararnos para un mundo que ni podrá ni deberá ser como antes. «Tenemos un ancla –nos

decía el Papa—: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nada ni nadie nos separe de su amor redentor». Los cristianos nunca podemos olvidar que hablamos de la Cruz del Resucitado. Recordamos a Jesús, en medio del horror que tuvo que padecer, porque resucitó desde una Gloria superior a la humana. Esa Gloria se manifiesta también hoy cuando transfigura la debilidad humana haciendo brotar lo mejor del corazón humano: tanta generosidad heroica, tanto servicio desinteresado, tanta compasión conmovedora... Esa dosis inmensa de santidad hará que la fuerza del Resucitado actúe como la savia que devuelva vida gozosa a la carne tan dolorida de nuestro mundo.

Nuestra Iglesia, también desde su profundo sufrimiento, está llamada a ser testigo de esperanza. Su misión es más necesaria que nunca. Debemos ser los nazarenos que acompañan el Paso del Señor entre los cansados y los abatidos. Como Iglesia en Asamblea Diocesana os invito a seguir profundizando en el encuentro con Jesús y a sentirnos unidos como comunidad eclesial, para que podamos salir al encuentro de quienes se hallan a la orilla del camino.

Acompañemos también a la Virgen Dolorosa, Madre de la Soledad, Señora de la Esperanza y Estrella de la mañana. Ella nos ayudará a estar junto a Jesús en el momento de la cruz y a esperar en el cenáculo la fuerza renovadora de la Resurrección.

II

¡EL SEÑOR RESUCITÓ! ¡ALELUYA!

(12-4-2020)

En este día de Pascua, cuando culminan los días «santos» en los que hemos vivido interiormente el misterio central de la fe cristiana, quiero que os llegue, en primer lugar, mi cercanía y saludo pascual, con el deseo de que la esperanza y la paz del Señor Resucitado, estén en vuestros corazones, en vuestras familias y en vuestra vida. Sí: hoy la Iglesia renueva para nosotros el anuncio más importante y más hermoso: **¡Jesús ha resucitado!** Y esta gozosa verdad fortalece y renueva nuestra alegría, nuestra fe y nuestra esperanza.

Hemos celebrado la Semana Santa de un modo diferente, como nunca hubiéramos podido imaginar; pero sé que no ha sido una Semana Santa indiferente, pues todo ello nos ha permitido descubrir aún mejor dimensiones profundas de nuestra experiencia cristiana a las que tal vez otras veces no habíamos prestado atención.

Recuerdo de modo especial a los cofrades, que adquirirían un protagonismo tan especial acompañando a Jesús en su pasión, muerte y resurrección; estos días sin duda habrán podido detenerse de modo personal en las motivaciones que los empujaban a manifestar su fe procesionando por las calles. Y seguro que esta dura experiencia dará nuevo dinamismo a su compromiso cristiano como cofrades. Lo mismo puedo decir de nuestra comunidad cristiana. Hemos seguido algunos actos litúrgicos a través de medios diversos, desde el obligado confinamiento y, a veces, con situaciones personales o familiares de dolor, con angustia y con lágrimas. Todos hemos podido vivir de modo real lo que significa participar en los sufrimientos de Cristo. Hemos hecho nuestras las palabras de san Pablo: «Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). Estoy seguro de que esta experiencia nos ha hecho más sensibles y nos ha abierto a la comunión con los sufrimientos de los demás.

En este contexto celebramos hoy la Pascua y proclamamos gozosos, como ha hecho la Iglesia desde su origen: *¡El Señor resucitó! ¡Aleluya!* A algunos les puede sorprender que esta exclamación pueda surgir en medio del abatimiento y del desconsuelo. Quien sienta esa extrañeza no ha comprendido lo que es la fe cristiana. Porque nació de esa sorpresa: tras el aparente fracaso del calvario, los discípulos abatidos pudieron dirigir su invocación al Resucitado. Eso fue para los primeros cristianos el manantial de su alegría y de su esperanza.

Aquellos discípulos también se encontraban reclusos por el miedo y la frustración. Y a través de la historia podemos hacer memoria de situaciones duras y terribles en las que los cristianos han celebrado la Pascua: encarcelados y a la espera del martirio, en periodos de persecución, en épocas de peste y hasta en campos de concentración. En todas esas ocasiones la Pascua ha sido celebrada como acontecimiento de salvación, como el paso de la oscuridad de la noche a la luminosidad del amanecer: porque la muerte no es el final del camino, porque siempre hay una luz que rasga las tinieblas, porque la bondad no es destruida por el mal, porque la Vida es más fuerte que la muerte. Por eso, en presencia del Resucitado, seguimos proclamando: *¡Aleluya! ¡Este es el día en que actuó el Señor!*

Esta celebración de la Pascua ha de purificar también nuestro sentido de la alegría y de la esperanza. Tendemos a confundirlas con manifestaciones externas o con la seguridad de nuestro bienestar. Pero la Pascua nos orienta a encontrarlas en la transfiguración de cada uno de nosotros: cuando descubrimos el sabor de la Vida que procede de Dios, cuando comprendemos que nuestra auténtica esperanza no se encuentra en los bienes perecederos, cuando confiamos nuestros muertos y todas las víctimas de la pandemia al Amor eterno y misericordioso de Dios. La experiencia de la Pascua no se produce de modo automático. Supone un camino, junto a

Jesús, y una conversión, como en el caso de aquellos primeros discípulos que proclamaron: *¡El Señor resucitó! ¡Aleluya!*

Hoy le decimos también a la Virgen dolorosa: ¡Alégrate, María! Pídale que nos conceda una espiritualidad pascual, para que de nuestra debilidad siga brotando una fe firme en que Jesús está en medio de nosotros y una generosa comunión con los que sufren, la cual irá siempre acompañada por la alegría y la esperanza.

III

LA IGLESIA, HOSPITAL DE CAMPAÑA DE LA MISERICORDIA

(19-4-2020)

La Iglesia celebra en este primer domingo después de Pascua la fiesta de la Divina Misericordia, instituida por el Papa San Juan Pablo II. Estamos prolongando la celebración de la Pascua de Resurrección, que en medio de la experiencia de dolor y sufrimiento que persiste a nuestro lado, nos da derecho a la esperanza, como nos decía el Papa en la Vigilia Pascual; una esperanza que cobra más sentido que nunca porque es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. Por lo mismo, este domingo de la misericordia quiere decirnos que pase lo que pase en el mundo y a nuestro alrededor, hay algo que no cambia: que Dios es esencialmente Padre misericordioso y clemente (Ex 34,5-7); que Jesucristo es la revelación y encarnación de la misericordia del Padre, su rostro compasivo y misericordioso (Lc 10, 35,27). Y que es su voluntad que nosotros acojamos su misericordia, que la recibamos, y que la dejemos fluir siendo misericordiosos los unos para con los otros. En esta reflexión dominical, hoy quiero detenerme en ese «dejar fluir» la misericordia, que es la vida y la misión de la Iglesia.

Durante este tiempo, muchos de vosotros, como yo mismo, estamos queriendo hacer cada día una lectura de los acontecimientos con ojos de Fe y de Esperanza. También nos preguntamos qué quiere, qué espera Dios de nosotros, de ti y de mí, aquí y ahora, en estas circunstancias inesperadas e inabarcables que estamos viviendo. Al ver las imágenes de los telediarios, cuando se han ido abriendo tantos hospitales de campaña para evitar la saturación o para apoyar de cualquier modo la labor de los centros sanitarios, he recordado esa imagen de la Iglesia como «hospital de campaña» a la que tantas veces alude el Papa Francisco; también nosotros la hemos incorporado en nuestros planes y objetivos pastorales; pero hoy quiero retomarla para que nos ayude a situarnos mejor como Iglesia de bautizados en este momento histórico que nos toca vivir. Porque desde lo

que estamos viviendo, y en el futuro inmediato, la Iglesia, nosotros como Iglesia, hemos de ser un permanente «hospital de campaña» donde fluya para todos, y más para quien más lo necesite, la misericordia de nuestro Dios.

«Veo con claridad, decía el Papa al comienzo de su pontificado, que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental... ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro» (Entrevista concedida a A. Spadaro, el 19 de septiembre de 2013). La misericordia, dice en otra ocasión «es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Su credibilidad pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo» (*Misericordiae Vultus*, 10).

En los relatos de la apariciones del Señor, que las lecturas del Evangelio nos han ofrecido esta semana pasada, hemos visto a Jesús dando la Paz a sus discípulos, liberándolos del miedo, llenándolos de la alegría de su resurrección... y enviándolos luego a Galilea para anunciar el Evangelio, para continuar su misión: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21). En este tiempo pascual nos toca a nosotros acoger ese envío: la misión de la Iglesia es nuestra misión; Galilea es para nosotros la realidad cotidiana, la familia, el trabajo, la vida, allí donde podamos llevar esperanza, con gestos de ayuda, de compasión y de amor. Este fluir de la misericordia tiene que ser el modo de ser y vivir de la comunidad cristiana para ser evangelizadora.

Todos conocéis la cantidad de iniciativas con las que nuestra Iglesia en Burgos quiere estar presente e implicarse en tantas necesidades del momento. En este domingo de la misericordia os invito y animo a secundar, donde podáis y como podáis, estas acciones u otras que se puedan emprender. «Qué hermoso es, dice el Papa en la reciente Vigilia Pascual, ser cristianos que consuelan, que animan, que llevan las cargas de los demás, que en tiempos de muerte son mensajeros de vida... Llevemos el canto de la vida a cada Galilea, a cada rincón de esa humanidad a la que pertenecemos y nos pertenece porque todos somos hermanos». Ocasiones de implicarnos en el momento presente de tantas heridas, con las obras de misericordia en sus muchas aplicaciones, no nos van a faltar.

Pidamos a Nuestra Señora que vuelva sus ojos misericordiosos a la humanidad doliente y que nos dé un corazón lleno de misericordia para que no pasemos de largo ante ninguna necesidad.

IV

EL CAMINO DE EMAÚS, UNA TERAPIA DE ESPERANZA

(26-4-2020)

Hoy, tercer domingo de Pascua, la liturgia de la Iglesia nos regala el relato evangélico de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Si os unís interiormente a la celebración de la Eucaristía a través de los medios de comunicación, dadas las actuales circunstancias, estad atentos a la Palabra de Dios y volved después sobre ella, si podéis, en vuestros hogares. Porque seguro que hoy, en esta situación dura y desconcertante que estamos viviendo para la que no estábamos preparados, el relato de Emaús tendrá una resonancia especial en nuestra vida personal y comunitaria. Seguimos celebrando la alegría, la paz y la vida nueva del Señor Resucitado, y el pasaje de Emaús nos ofrece una «terapia de esperanza».

Como recordaréis, al comienzo de curso os dirigía una Carta Pastoral que tenía como marco y guía el relato de los discípulos de Emaús («*Se puso a caminar con ellos*». *Somos Iglesia que camina con Jesús*). Con ella quería animaros a seguir nuestra andadura diocesana resaltando el camino hacia la celebración del VIII Centenario de nuestra iglesia madre, la catedral, y la apertura del itinerario de la Asamblea Diocesana. Os decía que en el pasaje de Emaús: «encontramos aspectos nucleares de la experiencia creyente tales como el cansancio del camino, la fragilidad de nuestra fe, la escucha de la Palabra, la celebración de la Eucaristía, la adhesión a la Comunidad... y la llamada permanente a vivirnos acompañados de Jesús». Os decía, también, que la Iglesia que camina en Burgos quiere encontrar y reconocer a Jesús en medio de nuestros contemporáneos y sentirse como aquellos dos discípulos: interpelada por Él y urgida a anunciar con palabras y con obras su Evangelio.

Hoy reitero, por supuesto, las afirmaciones que hacía en esa Carta. Y añado que en el momento presente, para anunciar con palabras y obras la vida nueva del Señor Resucitado, para que la Iglesia sea hospital de campaña como os decía la semana pasada, los cristianos tenemos que estar muy firmes y afianzados en la esperanza, muy llenos para poder dar lo que tanto se necesita a nuestro alrededor; necesitamos que Jesús haga con nosotros, como con aquellos de Emaús, una «terapia de esperanza». La expresión es del Papa Francisco, comentando el mensaje que Jesús transmitió a estos discípulos. «Los dos peregrinos, dice el Papa, cultivaban sólo una esperanza humana, que ahora se hacía pedazos; y regresaban tristes, pensativos y decepcionados a sus casas en la aldea de Emaús, convencidos de dejar atrás la amargura de un acontecimiento que había terminado mal. Y el Señor, a quien los discípulos no reconocieron, les alcanzó en el

camino; y lo que sucedió fue una “terapia de la esperanza”, que hizo con ellos Jesús» (Audiencia General, 24 mayo 2017). ¿Cómo?

Si contemplamos la escena, vemos que los discípulos, desesperanzados, comienzan haciendo memoria con aquel desconocido de la vida de los últimos días. Jesús les habla de Él mismo a través de las Escrituras. La vida y la palabra de Dios conducen a la Eucaristía con la fracción y la bendición del pan. Vida, palabra y fracción del pan provocan en los discípulos que arda su corazón y se les abran los ojos para experimentar la presencia del Resucitado que transforma la vida. Y todo acaba «volviendo a Jerusalén», colmados de esperanza, para contar lo que habían experimentado a lo largo del camino.

En esa situación de huida que emprenden los de Emaús y en la que estamos padeciendo nosotros, inmersos en la atmósfera que nos envuelve con la pandemia del COVID-19, es donde hemos de experimentar la cercanía de Dios: «Jesús en persona se acercó a caminar con ellos» (v. 16). Repetimos como un slogan que «caminamos alegres con el Señor», pero ¡qué difícil es descubrirlo a veces en las circunstancias concretas y en los caminos de cada día! Cuando la realidad que ahora vivimos nos impacta, nos duele y desorienta, cuando nos atemorizan las previsibles y graves consecuencias de futuro que todo ello lleva consigo, es difícil, pero ese es el momento de vivir y compartir con otros la verdadera esperanza. Porque nuestra esperanza, como nos recordaba el Papa en su homilía de la Vigilia Pascual (11/04/2020), es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. «Todo irá bien, decimos constantemente estas semanas, aferrándonos a la belleza de nuestra humanidad y haciendo salir del corazón palabras de ánimo. Pero, con el pasar de los días y el crecer de los temores, hasta la esperanza más intrépida puede evaporarse. La esperanza de Jesús es distinta, infunde en el corazón la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida».

Pidamos al Señor que en este tiempo de Pascua nos dejemos encontrar por el Peregrino de Emaús. Que Él nos conceda la verdadera esperanza, al calor de su Palabra y con la fuerza de la Eucaristía. Y que la certeza de que camina a nuestro lado nos dé nuevo impulso para vivir y anunciar cada día, allí donde estemos y en toda ocasión que podamos, el evangelio de la esperanza.

I

COLABORACIÓN EN EL ANUARIO 2019 DE DIARIO DE BURGOS

CAMINAMOS ALEGRES CON JESÚS

Al echar la mirada hacia atrás, percibimos la rapidez con la que pasa el tiempo. Y aunque la percepción del mismo siempre es subjetiva, el calendario nos marca implacable la objetividad del mismo. El año 2019, del que se nos pide un balance, es ciertamente un granito más en la historia compleja de nuestro tiempo. Se puede tener la percepción de que un año no significa nada en la vida de las personas y de las instituciones pero, sin embargo, cada día y cada hora es significativo para la vida de toda persona. Lo fundamental no son tanto los hechos acaecidos, que también, sino los procesos de vida que se inician y que se consolidan con el tiempo.

En ese sentido, tengo la impresión de que nuestra Iglesia burgalesa se encuentra en un momento histórico importante. Estamos casi a las puertas del inicio del Año Jubilar, un tiempo de gracia concedido por el Papa Francisco con motivo del VIII Centenario de la Catedral. Junto al Año Jubilar, la Asamblea Diocesana, que hemos iniciado, se convierte en un proceso privilegiado de análisis y de proyección al futuro.

El VIII Centenario de nuestra Catedral lo concebimos desde el inicio, no tanto como una fecha concreta, sino como un recorrido que hemos de ir llenando de vida. Desde la Iglesia Diocesana, el VIII Centenario se convertía en una ocasión privilegiada para el encuentro festivo de la comunidad cristiana que tiene en su Catedral el templo madre donde se congrega, celebra y es enviada. También se vio desde el comienzo como un acontecimiento abierto a toda la sociedad para descubrir y profundizar unidos todas las dimensiones religiosas y culturales que la Catedral tiene para nosotros, y para que valoremos el sentido que tuvo desde el principio y que en la actualidad adquiere nuevo relieve e importancia.

En la vivencia propia del VIII Centenario esta Iglesia que camina en Burgos ha sido convocada fundamentalmente a dos acciones que son las

centrales para nosotros en las celebraciones: la Asamblea Diocesana y la celebración del Jubileo. El año 2019 ha sido el inicio de la Asamblea como un proceso de reflexión conjunta diocesana. Este comenzó con la publicación de mi Carta Pastoral “*Se puso a caminar con ellos*”: en ella, hacía un análisis de la realidad eclesial y social de nuestra diócesis y, a la luz del pasaje de Emaús, proponía algunas claves que me parece fundamental no olvidar en nuestra vida diocesana. Desde ahí, y según la dinámica prevista, a lo largo del último trimestre se fueron haciendo los pasos necesarios para informar, sensibilizar y crear los grupos de trabajo. En la actualidad son más de 3000 las personas que forman parte de los mismos repartidos en unos 300 grupos en toda la diócesis. De esta manera, según el lema de la Asamblea *Caminamos alegres con Jesús*, descubriremos y sentiremos más a fondo el gozo y la alegría de formar parte de una Iglesia convocada por Jesús a continuar su misión. Y, sin duda, contribuirá a la profundización del protagonismo laical en nuestra Iglesia que se fortalece en la dimensión vocacional.

En este mismo proceso, a fin de partir de la realidad, nuestra Iglesia burgalesa lanzaba un pequeño cuestionario que, sin ánimo de ser científico, pretendía captar la sensibilidad actual de nuestra sociedad con respecto a la Iglesia. Me parece que, de cara a analizar este 2019, puede ser interesante recoger, de las respuestas, algunas de las afirmaciones fundamentales. Sin duda que son buen termómetro de lo que la Iglesia burgalesa hace y supone:

- La mayoría de la gente considera que existe una buena relación entre los sacerdotes y la gente. Muchos creen que la Iglesia de Burgos es una comunidad abierta y que está cercana a las personas, porque vive según el Evangelio.
- La gran mayoría de los encuestados dice que la Iglesia colabora al bien de la sociedad y que la Iglesia está bien vista en la sociedad burgalesa. Además, se considera que los católicos son generosos y desprendidos, gente comprometida que sabe escuchar.
- Nuestra Iglesia en Burgos está muy presente en la colaboración misionera con otros países, en la ayuda y acompañamiento a necesitados, en el ámbito de la enseñanza, de la inmigración y de los enfermos y ancianos.

Como es lógico, también se señalan algunas propuestas de mejora, que nos indican pistas por las que avanzar:

- Una mayoría piensa que tendríamos que preparar mejor las celebraciones, con misas alegres y participadas. Además, habría que fomentar grupos y momentos donde se pueda compartir la fe con otros.

- También se tendrían que fomentar comunidades parroquiales más vivas y presentes entre la gente, acercándose especialmente a los jóvenes en sus ambientes y cuidando mucho la catequesis de niños.
- Una gran parte considera escasa la presencia de los cristianos en los partidos políticos y en el ámbito del trabajo y de los sindicatos. En ese sentido habría que cuidar más la denuncia pública de todo lo que atenta contra la dignidad de la persona.

Basten estos datos para percibir cómo la Iglesia en Burgos es una comunidad de creyentes que, con sus luces y sus sombras, se esfuerza por caminar y acompañar a lo largo del año a esta sociedad burgalesa de la que forma parte y a la que trata de llevar luz y esperanza.

En otros procesos iniciados durante el año 2019, me parece importante señalar todo lo relacionado con la reestructuración diocesana en lo referente a los arciprestazgos. Estos, como agrupación funcional de parroquias cercanas, se convierten en una herramienta privilegiada para la comunión, para el intercambio pastoral, para el impulso misionero, para la renovación... Son estructuras que han de ayudarnos a afrontar con mejor empeño el reto demográfico (envejecimiento y dispersión) que vivimos en nuestra diócesis, así como el fenómeno de la secularización.

En efecto, durante este último año se han reestructurado dos nuevos arciprestazgos: el de San Juan de Ortega y el de Santo Domingo de Guzmán. El primero lo configura todo el cinturón de Burgos y la zona norte que comprende el Valle de Sedano, del Rudrón y del Ubierna-Úrbel. El segundo lo constituye toda la Ribera burgalesa. Anteriormente, estos dos arciprestazgos estaban organizados en cinco. De esta manera concluimos el proceso de vertebración pastoral referente a los arciprestazgos. De los quince que había hace tres años en toda la Diócesis, se han estructurado ahora en once.

En este mismo proceso del cambio de estructuras pastorales tan necesarias, también hemos dado pequeños pasos en lo que hemos llamado Unidades Pastorales. A lo largo de 2019, algunas parroquias del medio urbano han sido confiadas a un equipo sacerdotal con el empeño y objetivo de trabajar más en conjunto y de superar los límites en los que nos sumerge un mal comprendido “parroquialismo”. En la sociedad de la movilidad y de la globalización, hemos de afrontar el reto de nuestras demarcaciones parroquiales que nos provocan a organizarnos mejor para servir mejor a las comunidades cristianas.

Así mismo es preocupante la situación del mundo rural, mayoritario en nuestra diócesis desde el punto de vista geográfico, que no cuantitativo. En la Visita Pastoral que cada fin de semana realizo, puedo constatar

con agrado y orgullo la presencia de tantos agentes de pastoral animando y alentando las comunidades rurales. Para mí es un motivo de enorme alegría el ver cómo las parroquias siguen generando vida en los lugares donde se encarnan, y mucha gente encuentra en ellas motivos para su esperanza.

También ha ocupado nuestra dedicación el ámbito del patrimonio religioso tan importante y fundamental en la Diócesis. Es uno de los focos de interés de nuestra sociedad y también de nuestra Iglesia. Para nosotros, el Patrimonio no es solo un legado de nuestros mayores, obra de la fe. Se trata, también, de un instrumento de evangelización. Por eso, en el año 2019 se han realizado importantes acciones en esta línea de las que estoy especialmente orgulloso. Me estoy refiriendo a la exposición *Las Edades del Hombre de Lerma* que, con el título *Angeli*, acogió a más de 300.000 personas. Y, junto a ello, el esfuerzo de la Diócesis y de la Junta de Castilla y León en la ampliación y reordenación del Museo del Retablo en la iglesia de San Esteban y del Museo Parroquial de la Colegiata de Covarrubias. Se trata de dos intervenciones que nos han ayudado a recuperar el patrimonio y, sobre todo, a exponerlo dignamente con un discurso acogedor y pedagógico que cuenta y narra la historia de nuestra fe.

Esa fe que se hace realidad en tantas personas concretas con las que cada día me encuentro. Una fe que se encarna en tantos lugares de la tierra a través de nuestros misioneros. Una fe que, en algunos casos, se hace excepcional y que merece la pena que sea recordada y no se olvide: es el caso de Marta Obregón, cuyo proceso de beatificación concluyó en el año 2019 en su fase diocesana y que esperamos poder venerar pronto como modelo e intercesora de nuestra juventud. Se uniría así al gran número de hermanos y hermanas nuestras que nacieron a la fe en estas tierras y que son honradas por la Iglesia como santos y beatos.

Deseo que la mirada al año 2019 que hemos vivido nos sirva, en todos los órdenes, para tomar nuevo impulso. Mirar hacia atrás es bueno cuando nos proyecta hacia el futuro. La mirada hacia atrás es sana cuando nos enseña, nos fortalece y nos estimula hacia adelante. Mirar hacia atrás para el creyente es un acto de agradecimiento a Dios que nos acompaña en la historia y que nos va llevando de la mano. Así lo celebraremos especialmente en este año 2020 en el que comenzaremos nuestro Jubileo por el VIII Centenario de la Catedral.

II

CARTA A LOS SACERDOTES – JUEVES SANTO

(9-4-2020)

Querido hermano:

En el marco del Jueves Santo, un día tan especial para todos nosotros, los sacerdotes, –¡es nuestro día!–, quiero que te llegue mi saludo cordial y cercano, junto con mi abrazo fraterno. Hago también extensivos esta carta y saludos a nuestros queridos diáconos.

Este año no te podré saludar al concluir la Misa Crismal que, como sabes, celebraremos en otra fecha, cuando sea posible. Pero quiero hacerme presente a través de esta carta que deseo sea como una sencilla conversación contigo. No se trata, por tanto, de palabras hechas y anónimas, sino que quiero expresarte aquello que aflora en mi corazón y que deseo compartir contigo. Estas palabras son el fruto de la oración reposada y de la reflexión de algunos documentos que durante estos días he podido leer o releer, al tiempo que pensaba en cada uno, sintiéndome muy unido y formando así juntos la gran familia del Presbiterio Diocesano.

Sabes que he ido hablando telefónicamente con cada uno de vosotros y he visitado antes del obligado confinamiento a quienes vivís en la Casa Sacerdotal. Me alegro de que, en general, os encontréis bien; aunque en este tiempo difícil que tenemos que afrontar todos como sociedad, y también nosotros como Iglesia, estemos sumidos en la sorpresa y en el asombro. No son malas estas actitudes, sino que pueden ser buenas bases que colaboren para ir haciendo tiempos nuevos y mejores.

Casi todos me comentáis la sensación de «despojo» que de un modo u otro experimentáis. En cierta manera nos estamos identificando mucho más con Jesús al que, en este tiempo de Semana Santa, contemplamos «despojados de sus vestiduras»: esta experiencia nos sitúa así ante el reto de la desnudez, de la fragilidad y de la pequeñez. Nuestra identidad sacerdotal en esta situación, con las iglesias vacías, sin culto, sin reuniones, sin catequesis... se puede ver, sin duda, purificada para crecer así en una mayor profundidad, que nos permita ir a lo esencial y fundamental de nuestro sacerdocio, de nuestra tarea, de nuestra misión, de nuestro ser sacerdotal.

Esta Semana Santa, lo sabes bien, va a ser muy especial para todos y para ti. No la tendrás que vivir con el ajeteo al que habitualmente te veías abocado estos días, preocupado y ocupado en tantos quehaceres, propios de la animación parroquial, que a veces podían dificultar la honda vivencia de estos días Santos. Te invito, pues, ya que el Señor nos ofrece

esta ocasión, a que te sumerjas en ese silencio que envuelve las calles y el latir entero de nuestra sociedad, para transformarlo en auténticamente sonoro. Te animo a que descubras la voz de Dios que nos llama a estar con Él y con su pueblo. En el misterio del Jueves Santo, empapados de la celebración de la entrega del Señor como alimento de Vida, unámonos a El y aprendamos a ser también nosotros pan partido y sangre derramada para seguir dando vida.

Quiero compartir hoy contigo cuatro ideas que encabezo con versículos de la Palabra de Dios:

1. «He visto el dolor de mi pueblo» (Ex 3, 7).

A través de los mensajes dominicales de estos días, he querido hacerme muy presente y cercano ante el dolor de nuestro pueblo provocado por la pandemia del coronavirus. Estamos viviendo un tiempo muy complejo: un virus pequeño, inapreciable a simple vista, ha sido capaz de paralizarnos, de romper nuestras seguridades, de desbaratar aquello a lo que estábamos aferrados... Esta situación, estoy seguro, conlleva mucho dolor, que se acumula en tantos hogares de vuestras parroquias, con muchas manifestaciones que bien conoces: soledad, enfermedad, problemas de convivencia, separaciones traumáticas, muertes y duelos no curados, dificultades económicas, oscuridad ante el futuro, problemas laborales, ancianidad... Ciertamente nos encontramos ante un tiempo de sufrimiento donde, una vez más, se levanta la Cruz Salvadora de Cristo. Un dolor ante el que el presbítero no puede ser indiferente, porque, como buen pastor, sabe llorar con su pueblo. Creo que es bueno que pidamos, como dice el Papa Francisco, «el don de las lágrimas»: no se trata de algo sensiblero, sino que expresa el profundo vínculo que nos une con ese querido pueblo de Dios al que has sido enviado y del que formas parte.

Así nos lo recordaba hace pocas fechas el Papa Francisco: «Hoy, frente a un mundo que sufre tanto, frente a tanta gente que sufre las consecuencias de esta pandemia, yo me pregunto: ¿soy capaz de llorar, como seguramente lo hubiera hecho Jesús, y como Jesús hace ahora? Mi corazón, ¿se parece al de Jesús? Y si este corazón mío es demasiado duro, e incluso soy capaz de hablar, de hacer el bien, de ayudar, pero el corazón no participa en ello, y no soy capaz de llorar, hay que pedir esta gracia al Señor: Señor, que yo llore contigo, que llore con tu pueblo que sufre en este momento. Son muchos los que están llorando hoy. Y nosotros, desde este altar, desde este sacrificio de Jesús, que no se avergonzó de llorar, pidamos la gracia de llorar» (Homilía 29 de marzo, 2020).

El dolor del pueblo es el que hoy nos conmueve, aunque tengamos la certeza de eso que tantas veces hemos experimentado y que hoy esperamos:

«el Señor triunfa en medio de la debilidad» (2Cor 12, 9). Conmoverse..., ¡qué difícil realizarlo hoy, con la cercanía y la presencia, en esta situación de confinamiento! Y, sin embargo, nuestra «alma de pastor» se conmueve y nos mueve a que profundicemos y redescubramos algo que resulta genuino a nuestro ministerio: la oración y la intercesión por el pueblo que tenemos encomendado. Este es nuestro ministerio más precioso hoy, el que redescubrimos con nueva fuerza, el que nos pide ahora especialmente nuestro pueblo.

Porque en la oración el sacerdote nunca se encuentra solo: en ella está presente todo el pueblo a él confiado. Así nos lo recuerda el Papa Francisco: «la oración del pastor se nutre y encarna en el corazón del Pueblo de Dios. Lleva las marcas de las heridas y alegrías de su gente, a la que presenta desde el silencio al Señor para que las unja con el don del Espíritu Santo. Es la esperanza del pastor que confía y lucha para que el Señor cure nuestra fragilidad, la personal y la de nuestros pueblos. Pero no perdamos de vista que precisamente en la oración del Pueblo de Dios es donde se encarna y encuentra lugar el corazón del pastor. Esto nos libra a todos de buscar o querer respuestas fáciles, rápidas y prefabricadas, permitiéndole al Señor que sea Él (y no nuestras recetas y prioridades) quien muestre un camino de esperanza. No perdamos de vista que, en los momentos más difíciles de la comunidad primitiva, tal como leemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, la oración se constituyó en la verdadera protagonista» (Carta a los sacerdotes en el 160 aniversario de la muerte del Cura de Ars).

Desde estas palabras, pues, te invito en estos días a profundizar y redescubrir el gran regalo y la enorme contribución que hacemos con la oración. Una oración que, además de profundizar en la relación con Jesús, nos permite saciar nuestra sed y encontrar sentido a nuestro quehacer, nos ayuda a crecer en nuestra relación y vinculación con nuestro pueblo y nos ayuda a construir y configurar una Iglesia que se convierte en auténtico «Hospital de Campaña». La oración del pastor, ejercida de este modo, se convierte en fuente de una espiritualidad sacerdotal que es capaz de generar y dar mucha vida desde la misericordia.

2. “Doy gracias sin cesar por cada uno de vosotros” (Ef 1,16).

En muchas ocasiones he manifestado la enorme satisfacción con la que descubro y vivo este presbiterio diocesano de Burgos del que tú formas parte. Sin duda es un auténtico tesoro y un gran regalo que el Señor me ha hecho para llevar adelante mi misión. ¿Qué sería de mi ministerio sin vosotros, los sacerdotes, sin tu entrega silenciosa, constante, fiel, solícita? Gracias, por ello, de corazón y en nombre de toda la Iglesia.

A lo largo de estos días he podido percibir las muchas iniciativas que habéis sido capaces de generar en nuestra Diócesis gracias, sin duda, a la caridad pastoral que anida en vuestro corazón y que siempre es capaz de renovar, recrear e inventar. Conozco y agradezco vuestra disponibilidad, vuestras fatigas, vuestro cansancio, vuestras dificultades...

Gracias por generar en pocos días una pastoral que bien podríamos llamar «telemática» y que busca, como toda pastoral, no el esnobismo o la novedad, sino acompañar y hacer crecer a nuestro pueblo en su sentimiento de ser discípulos misioneros del Maestro: así, me habéis hecho llegar abundantes iniciativas que os quiero agradecer sinceramente y de las que me siento orgulloso como Pastor de esta diócesis (Eucaristías retransmitidas en directo por streaming, catequesis virtuales, encuentros telemáticos, listas de whatsapp con mensajes y retos, videos con reflexiones...).

Gracias por vuestra generosidad en tantas iniciativas de solidaridad: especialmente por haber querido compartir vuestro salario con las personas más vulnerables y frágiles que tienen que atravesar esta crisis sanitaria con enorme preocupación. De esta manera nos convertimos también, como presbiterio, en un signo de esperanza para nuestro pueblo y nuestra sociedad. Nos hacen falta gestos comunitarios como este, que hacen creíble el Evangelio que anunciamos.

Gracias por acoger, acompañar, cuidar y escuchar a tanta gente a la que estáis llamando telefónicamente y por la que os estáis interesando desinteresadamente. La escucha se convierte en estos tiempos en una acción muy importante, que quizás tengamos que redescubrir en nuestra tarea de acompañamiento, tan fundamental en nuestro ministerio. Ojalá todos puedan encontrar en cada sacerdote un corazón siempre abierto para la confianza y la acogida, que se convierte así en puerta para la evangelización.

Gracias por tantos gestos pequeños que habéis tenido como presbiterio fortaleciendo la comunión y la amistad entre vosotros, o los que habéis realizado con los hermanos solos, o especialmente con nuestros hermanos presbíteros más ancianos, cuidando de ellos y preocupándoos de su situación. Todo ello revela la importancia de la fraternidad y de la comunión que surge del sacramento del Orden que, en este Jueves Santo, en la intimidad con Jesús Sacerdote, volveremos a renovar.

Gracias por la celebración diaria de la Eucaristía que, aunque sea físicamente sin pueblo, no lo es nunca sin la Comunidad. Es posible que, en su celebración pausada, estéis descubriendo vivencias nuevas en las que hasta ahora no habíais profundizado. Dios siempre nos sorprende con su eterna novedad y no nos deja de la mano. Además, actualizando la entrega de Jesús en su misterio de Muerte y Resurrección, podéis renovar cada día la fidelidad y alegría con la que habéis entregado vuestra vida.

En este tiempo estamos viviendo una novedad para nosotros: el ayuno de la Eucaristía que sufre nuestro pueblo al suspender el culto público. Os invito a descubrir y encauzar este hecho como una oportunidad; quizás puede llevarnos a profundizar en la oración de búsqueda y deseo de Dios, tan presente en los Salmos; o también a redescubrir el alimento de la Palabra de Dios que sí pueden acoger y recibir. En ese sentido, os doy también las gracias por tantas iniciativas para difundir la Palabra de Dios como guía y horizonte de sentido en esta encrucijada.

Gracias, también y muy especialmente, a los sacerdotes mayores de nuestro presbiterio: quizás vosotros, que os encontráis en esa etapa final donde el quehacer deja más espacio al ser, que habéis pasado por dificultades y momentos que fraguan la auténtica sabiduría, nos podéis ayudar en esta situación a descubrir la grandeza de nuestro ministerio desde el silencio, la oración y la intercesión. Gracias por estar ahí, por vuestro ejemplo callado, por vuestro compromiso, por vuestra entrega y oración. En vuestra vida percibo muchas veces esa “santidad de la puerta de al lado” de la que el Papa Francisco nos habla en tantas ocasiones.

La gratitud es la actitud que surge al percibir nuestra fragilidad, tan demostrada en estos días, y la necesidad que tenemos de los demás y, especialmente, de Dios. La gratitud nos permite caer en la cuenta y abrirnos mejor a la acción de Dios que no deja nunca de acompañar el caminar de su pueblo. Por eso, en medio de las dificultades del momento y del conocimiento de nuestra fragilidad y de nuestro despojo, te invito a hacer memoria del paso de Dios por tu vida y por nuestra historia, que siempre es «historia de salvación». Hacer memoria de nuestra propia vocación nos puede ayudar a permanecer firmes en la fe y en la misión. Es bueno, por tanto, que estos días puedas repasar tu propia vida para elevar así también tu particular canto de acción de gracias porque, en medio del discurrir de la vida, has descubierto y sentido «que es eterna su misericordia» (Sal 135).

3. «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40, 1).

Muchas de las iniciativas de las que antes os he hablado buscan hacer realidad este versículo bíblico. En cierta manera, el termómetro en el que podemos medir nuestro corazón de pastores es la capacidad que tenemos de hacer realidad este mandato del Señor. Ante el dolor de nuestro pueblo, como buenos samaritanos, no podemos pasar de largo ocupados en nuestros quehaceres, sino que hemos de ser capaces de «complicarnos la vida» para hacernos prójimos, próximos, de los que sufren y llevar esa palabra de aliento que necesita el pobre y abatido.

Pero para consolar, hemos de sentirnos también nosotros consolados, es decir, hemos de tener la certeza de que Dios camina con nosotros.

Es precisamente lo que hemos celebrado este Domingo de Ramos: Dios acompaña el silencio y el sufrimiento de este pueblo. Por eso, quisiera hacerte llegar también mi palabra de ánimo, estés en la situación en la que estés, especialmente si estás atravesando un momento de oscuridad o debilidad. El Señor sigue contando contigo, la Iglesia te necesita, la Cruz concluye en la Resurrección... Desde este convencimiento, que anima nuestra esperanza, seremos capaces de ser consoladores de nuestro pueblo. En este sentido, en la trayectoria del VIII Centenario de nuestra Catedral, el próximo mes de julio iniciaremos el recorrido de un Año Jubilar. Tendremos ahí ocasiones muy propicias para ser mediadores del consuelo de Dios para cuantos se acojan a Él.

A través nuestro, es el propio Jesús el que se hace Samaritano de su pueblo. Te invito a rezar y dar gracias con el Prefacio común VIII, que tantas veces habrás rezado en la Eucaristía: “En verdad es justo darte gracias, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, en todos los momentos y circunstancias de la vida, en la salud y en la enfermedad, en el sufrimiento y en el gozo, por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor. Porque él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado...”.

4. «Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abri- ré un camino en el desierto» (Is 43,19).

No es momento de desarrollar más ampliamente este último punto que es, quizás, el más importante y en el que tendremos que profundizar todos juntos, especialmente en este momento de Asamblea Diocesana en el que nos encontramos. Tampoco sé muy bien qué es eso nuevo que está brotando, pero sin duda el Espíritu está soplando muy fuerte estos días y está generando mucha vida a nuestro alrededor de la que tú eres también testigo. Estoy convencido de que los tiempos que viviremos tras esta pandemia, esta crisis sanitaria, económica y mundial en la que nos encontramos, ni podrán ni deberán ser como antes. Y lo hago desde el convencimiento de que todo sucede en la presencia de Dios-Amor, aunque no todo lo que sucede sea causado y querido por Él. Sin duda que Él nos está interrogando y nos está hablando a través de todo lo que está aconteciendo y sucediendo. Y hemos de saberle escuchar.

Estas circunstancias nos están ayudando a profundizar y a descubrir muchas cosas que habíamos relegado. Cada uno irá descubriendo sus

particulares lecciones vitales que le ayudarán, sin duda, a afrontar el futuro de otra manera. Y junto a ellas, tantas lecciones que nos ayudarán a construir una sociedad más humana, más justa, más cohesionada y estable... Sin duda que en estos días están surgiendo nuevas maneras de pensar, actitudes diferentes, nuevas sendas y caminos que habrá que seguir asentando y profundizando... Además, la crisis económica que se nos avecina, habrá de activar mucha fuerza escondida, pública y privada, para afrontarla con dignidad. Sin duda, Cáritas podrá liderar este enorme reto.

Pero quizás es bueno que nos preguntemos también, como presbiterio, qué espera el mundo de la Iglesia en estos momentos. Hace unos días leía una reflexión de uno de los Obispos auxiliares de Roma en ese sentido: «La verdadera caridad, que debemos a todos y especialmente a quien más advierte la gravedad de la situación, no tiene nada que ver con banales sonrisas, afectadas caricias, palmadas en la espalda o paños calientes. El mundo espera de la Iglesia algo bien distinto de la mera limosna urgente: espera razones que ayuden a aceptar y vivir con madurez lo que está sucediendo, tiene necesidad urgente de motivos serios para esperar, tiene necesidad de alguien capaz de abrirle horizontes distintos y verdaderos, porque el telón de fondo sobre el que durante años se han proyectado los delirios de grandeza de nuestra generación ha sido imprevistamente roto y ha desvelado una angustiosa oscuridad... La Iglesia debe repetir incansablemente a quien, aturcido por lo que sucede, busca hoy la buena razón para vivir y para morir, que la puede encontrar en la muerte y resurrección de Jesucristo».

Es este el misterio de la experiencia de fe que hemos de ser capaces de iniciar, de vivir y de transmitir. Un misterio en el que estos días nos vamos a sumergir a través de la liturgia y que nos descubre la autenticidad del Dios verdadero, cuya imagen tiene que ser permanentemente purificada: es el Dios que acompaña a su pueblo, que abre el mar a su paso, pero que exige al que quiera conocerle pasar por la dura prueba del desierto, del hambre y de la sed, para alcanzar la madurez en la fe. Porque, en la medida en que partimos y percibimos nuestra limitación y fragilidad, somos llevados más cerca del Misterio auténtico de Dios. Es la «sabiduría de la Cruz» que permite que, en medio de la muerte que nos rodea, nos abramos a la Salvación que nos llega de Dios. Porque la fe se purifica en la prueba.

Es precisamente la experiencia que nos transmite el Libro de Job que se interroga ante el sufrimiento humano, especialmente del justo. Si recuerdas, es justamente cuando Job se siente frágil y despojado de todo, cuando hace suya esta oración: «Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42, 5). Quizás esta es la necesidad que hoy nuestro mundo reclama de nosotros, esta es la aportación que podemos ofrecer y

que surge del Misterio Pascual que nos disponemos a celebrar. Dentro de pocos días volveremos a gritar: «El Señor resucitó, ¡Aleluya!». A algunos les puede sorprender que esa exclamación pueda surgir en medio de esta situación de abatimiento y de desconsuelo. Quien sienta esa extrañeza no ha comprendido lo que es la fe cristiana. Porque ésta nació de la sorpresa de poder dirigir esa invocación al Resucitado.

Concluyo estas palabras que, como ves, me han salido más largas de lo que en principio pensaba. Quiero desearte una Feliz Pascua y quiero implicarte en estas tareas que he compartido contigo. Ojalá que la Pascua pueda ser una ocasión privilegiada para hacer realidad todos estos sentimientos que hoy te he querido expresar. Sin duda que seguiremos profundizando juntos en lo que aquí solo he podido esbozar, sobre todo al final. La Asamblea Diocesana ha de ayudarnos a madurar un poco más todo esto que está apareciendo: solo así podremos acompañar y consolar a nuestro pueblo que madura, sin duda, con esta experiencia humana que está viviendo.

Que María, Madre de los sacerdotes, te siga acogiendo bajo su amparo y acompañando siempre.

Te reitero mi abrazo muy fraterno y cordial.

Agenda del Sr. Arzobispo

ABRIL 2020

Estas son, entre otras, las actividades que el Sr. Arzobispo ha llevado a cabo, a lo largo del mes de abril, desde el confinamiento:

1. Ha llamado a cada uno de los sacerdotes interesándose por su salud y estado.
2. Ha celebrado la Eucaristía, retransmitida por vía streaming desde la Casa de la Iglesia, todos los días a las 19h. El Triduo Pascual se retransmitió desde la capilla de Santa Tecla de la Catedral.
3. Ha enviado su Mensaje dominical, cada semana, en prensa y radio.
4. Ha enviado una carta a los sacerdotes el 9 de abril, con motivo del Jueves Santo, día de especial celebración sacerdotal.
5. Ha ido respondiendo diariamente a las abundantes comunicaciones llegadas por vía telefónica o electrónica.
6. Ha mantenido comunicaciones frecuentes con la Secretaría General de la Conferencia Episcopal para la aplicación de las indicaciones enviadas desde la misma, referentes a formas de actuación en la situación actual.
7. También se ha comunicado telefónicamente con algunas autoridades locales para salir al paso de sus actuaciones en diversas situaciones pastorales.
8. Ha mantenido la supervisión y seguimiento de actuaciones en preparación, referidas al VIII Centenario de la Catedral.
9. El 28 de abril se reunió con el Consejo Episcopal por videoconferencia.
10. Se ha hecho presente en varias reuniones a través de videoconferencia.

ANTE LA NUEVA ETAPA DE DESCONFINAMIENTO

Un saludo y mi deseo sincero de que te encuentres bien:

El periodo de confinamiento que hemos vivido seguro que nos ha servido para muchas cosas a nivel personal, social, pastoral... Comenzamos una nueva etapa, quizás más complicada que la anterior. Se trata de estar muy cerca de la realidad de tantas personas que salen tocadas de esta pandemia: en primer lugar, los familiares de las víctimas, a las cuales debemos de ofrecer nuestro apoyo y esperanza; junto a ellas, tantas personas que se ven afectadas por las consecuencias económicas; no podemos olvidar aquellas que han resultado heridas a nivel personal y familiar, a consecuencia de la soledad y de otras realidades que han tenido que experimentar..

Junto a ello, agradecemos a Dios tanta vida que durante esta Pascua el Señor nos ha regalado a través de tantas personas que se han dado y entregado en los diferentes servicios públicos, sanitarios, sociales, pastorales, ciudadanos... ¡Cuánta gente buena nos hemos encontrado también estos días! ¡Cómo hemos experimentado que la Iglesia sigue siendo una comunidad fecunda! Sin duda que, como decíamos en la formación del pasado lunes, nos encontramos ante una buena oportunidad para purificar nuestro mensaje y para ayudar a crecer en la fe a nuestro pueblo.

Os hacemos llegar las medidas de reinicio del culto público en los templos católicos que ha realizado la Conferencia Episcopal Española y que hacemos propias para la Diócesis de Burgos. Consideramos que están lo suficientemente desarrolladas y especificadas como para que podamos celebrar con la suficiente y necesaria seguridad. En ese sentido **hacemos un llamamiento a su cumplimiento**, especialmente en lo referido a las medidas de higiene, desinfección, distanciamiento, aforo... En nuestra responsabilidad y sentido común queda el realizar las actividades con ese mínimo de seguridad y de medios que se indican, para dar así la suficiente confianza a la gente que se acerque a nuestras parroquias. Todos tenemos que seguir cuidando y cuidándonos. Como se indica en las medidas, las pautas irán cambiando siguiendo la evolución de las distintas fases que las autoridades vayan marcando.

Junto a estas medidas, hacemos las **siguientes precisiones**:

1. Si se cumplen los plazos, con el inicio de la Fase 1, es decir, el lunes 11 de mayo, comenzaremos la celebración del culto público en nuestras iglesias, de forma grupal pero no masiva, tal y como se indica en la normativa que se especifica. Ese día, os invitamos a que, como signo de comunión y de unión con los que más han sufrido esta pandemia, nos unamos a la misma hora todas las parroquias en la celebración de una Eucaristía por todos los difuntos de la pandemia. Será a las 12 h. El Sr. Arzobispo la presidirá desde la Capilla de Santa Tecla de la Catedral. Procuraremos que las campanas toquen también para invitar a una oración por nuestros difuntos.
2. Aparte de esta celebración conjunta, cada Parroquia verá el momento y la oportunidad para poder celebrar un funeral por cada uno de los difuntos de su Parroquia, en diálogo con la familia. A nivel Diocesano tendrá lugar en la Catedral un funeral con asistencia de fieles cuando se estime oportuno.
3. Es importante que, previamente a la apertura de los templos, si fuera necesario, se produzca una desinfección de los mismos. Adjuntamos para ello, si os ayudan, las recomendaciones emitidas por la Junta de Castilla y León.
4. Con respecto a las Primeras Comuniones y las Confirmaciones, tal y como se estableció en su momento, se podrán realizar siguiendo siempre la normativa sanitaria que en cada fase se especifica para la celebración de las Eucaristías.
5. La mayor dificultad la tendremos para controlar el aforo, especialmente en alguna ceremonia: por ello, aparte de la existencia de algunas personas que puedan ayudar en ese servicio, se aconseja que el templo lo tengamos delimitado previamente, anulando con cintas u otros elementos los bancos o los sitios que se consideren oportunos (por ejemplo, uno sí y otro no).
6. El Sr. Arzobispo celebrará la última Eucaristía retransmitida por streaming el domingo 10 de mayo.
7. La Casa de la Iglesia se abrirá al público en el horario habitual, siguiendo la normativa establecida, el próximo lunes 11 de mayo. Se establecerán también los protocolos adecuados en las delegaciones, despachos y librería para garantizar la seguridad de todos en las actividades que se puedan realizar.
8. El Archivo Diocesano se abrirá de forma telemática el día 25 de mayo respondiendo a las peticiones que se hagan por ese medio. La apertura de forma presencial se establecerá en su momento.

9. Con respecto a las actividades de tiempo libre propuestas para este verano (campamentos, convivencias...) habrá que ir fijando criterio desde la prudencia y la seguridad según nos determinen las autoridades competentes. En ese sentido Voluntared nos informará de los procedimientos a su debido tiempo.
10. En la Casa de la Iglesia se facilitará la adquisición de gel y demás elementos que se puedan necesitar para el reinicio del culto público.
11. La Vicaría General responderá a cuantas dudas o interrogantes se puedan producir como fruto de estas medidas.

Pidamos a Dios, por intercesión de Santa María la Mayor, para que a todos nos ayude en esta nueva normalidad que tendremos que vivir y desde la que tendremos que servir y ofrecer el Evangelio.

Secretaría General

I

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. GONZALO JUARROS FERNÁNDEZ

Sacerdote Diocesano



El día 4 de abril, falleció a los 93 años de edad el sacerdote burgalés Gonzalo Juarros Fernández. Nacido en Masa el 5 de mayo de 1928, fue ordenado sacerdote de la diócesis de Burgos el 31 de mayo de 1952. Ejerció su ministerio presbiteral como párroco de Mahamud, Trespaderne y Medina de Pomar. Ya en Burgos capital, fue capellán de las Madres Trinitarias.

La diócesis llora la pérdida de este sacerdote, que siempre recalcó, siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II, la íntima fraternidad que une a todos los presbíteros en su misión en virtud de la ordenación sagrada. Nos unimos en oración a su familia de sangre para dar gracias a Dios por su vida y ponerlo en las manos del Padre, que le recibe ya para siempre en su Casa. Sus restos mortales descansan en el cementerio de Medina de Pomar donde ejerció tantos años el ministerio sacerdotal antes de su jubilación. Descanse en paz.

D. Gonzalo siempre se distinguió por la entrega y amor a los suyos. Muestra de ello son estos versos que dejó como testamento al despedirse de Medina de Pomar:

MI TESTAMENTO DE AMOR

Mis hijos son... ¡mi alegría,
mi esperanza, mi ilusión!
Por eso les quiero tanto
por ser todo lo que son.

Si vosotros os queréis
tanto, como yo lo he hecho,
moriré con alegría...
y esperaré satisfecho.

Esperaré allá en el cielo...,
si el Señor me deja entrar.
Si se lo pido de veras...,
no me lo puede negar.

Con vosotros en el cielo
quiero tener una cita...
Ya sé que es un poco difícil
el poderlo conseguir...

Pero si todos queremos,
creo que podemos ir.

Esta cita para mí,
sería un gran galardón:
tener de nuevo a mis hijos,
¡hijos de mi corazón!

El beso que yo os de,
cuando ya esté para morir,
me marcará a mí el camino
por donde al cielo he de ir.

En ese mismo momento
y agarrados de la mano,
espero que me digáis:
“¡Nos queremos como hermanos!”

(Medina, 22-2-1985)

Sección Pastoral e información

Delegación de Pastoral vocacional

I

CARTA DEL DELEGADO

Delegaciones de Vocaciones/Misiones/Confer

Querido hermano sacerdote:

Hoy más que nunca os pedimos vuestra oración, por lo que el mundo está viviendo y también por las vocaciones, jornada que se celebrará el Domingo 3 de Mayo, que vuestra oración sea fruto de muchas vocaciones.

Os adjuntamos la carta de OMP-Vocaciones Nativas y os indicamos donde podéis ver todos los materiales para dicha campaña.

También os enviamos los actos que en Burgos desde la Delegaciones de Vocaciones/Misiones/Confer para unirnos en oración.

Con motivo de la JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES Y VOCACIONES NATIVAS queremos ofrecer tres eventos en directo que pueden ayudarnos a vivir de un modo diferente esta jornada:

- Oración Joven - Viernes, 1 de mayo, a las 22.00 - desde El seminario:
https://www.youtube.com/watch?v=F_swbVCg2WU&list=PLPgYlxd0YS05xaXCg-DWOGz4hfaVrvYdc&index=1
- “A corazón abierto”, El Musical - Sábado, 2 de mayo, a las 16.00 - estreno en YouTube:
<https://www.youtube.com/watch?v=8wWMU-Xj5ew&list=PLPgYlxd0YS05xaXCg-DWOGz4hfaVrvYdc&index=2>
- Vísperas del Buen Pastor - Domingo, 3 de mayo, a las 19.30 - desde una comunidad religiosa:
<https://www.youtube.com/watch?v=fAyngGvHdHU&list=PLPgYlxd0YS05xaXCg-DWOGz4hfaVrvYdc&index=3>

Recibir un abrazo fraterno y nuestra oración



II

OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Dirección Nacional

Madrid, abril de 2020

A LOS SACERDOTES DIOCESANOS

Estimado en el Señor:

Este año, todo va a ser un poco especial. La gran crisis del coronavirus nos está haciendo replantearnos muchas cosas y tiempos, y entre las dificultades que vamos a tener es la celebración, el próximo día 3 de mayo, de la Jornada de Oración por las Vocaciones, promovida y organizada por la Subcomisión de seminarios de la CEE, la CONFER y CEDIS, y, unida a ella, la de Vocaciones Nativas, propia de las Obras Misionales Pontificias.

Si todos los años esta jornada, tan importante y bonita, es complicada de sacarla adelante...Este año, en el que no sabemos cuándo acabará realmente el confinamiento y la situación en la que las personas y familias van a quedar, vamos a tener que hacer un esfuerzo mayor por vivir este Domingo del Buen Pastor.

El lema está tomado de la Exhortación Apostólica sobre los jóvenes: **‘Jesus vive y te quiere vivo’**. Hace pocos días que el Papa ha dado a conocer su mensaje para la jornada, en la que habla a los jóvenes, titulado ‘Las palabras de la vocación’.

Las cuatro instituciones hemos trabajado duro por sacar esta jornada en este complicado año. Ojalá dé frutos aquí, con jóvenes vocaciones a la vida sacerdotal, y en los territorios de misión, donde las vocaciones son muchas pero la posibilidad de darles una formación y una vida espiritual profunda y adecuada va a depender de la ayuda que nosotros podamos aportar desde aquí.

Sin duda, esta es una de nuestras principales preocupaciones, la continuidad sacerdotal, aliviada temporalmente por los sacerdotes que proceden de otros países. También éstos necesitan nuestra ayuda, no sólo cuando llegan sino cuando se están formando en los países de origen.

Todo el material que hemos preparado para la celebración se encuentra en nuestra página Web, <https://www.omp.es/jornada-de-vocaciones-nativas-20/>. Este año, por problemas de logística provocados por la situación de España en estos momentos, no podremos enviarlos.

Reciba un cordial saludo en el Señor.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'J. Calderón', with a long horizontal stroke underneath.

JOSÉ MARÍA CALDERÓN CASTRO
Director Nacional de OMP

Sección Pastoral e información

Delegación de Medios de Comunicación

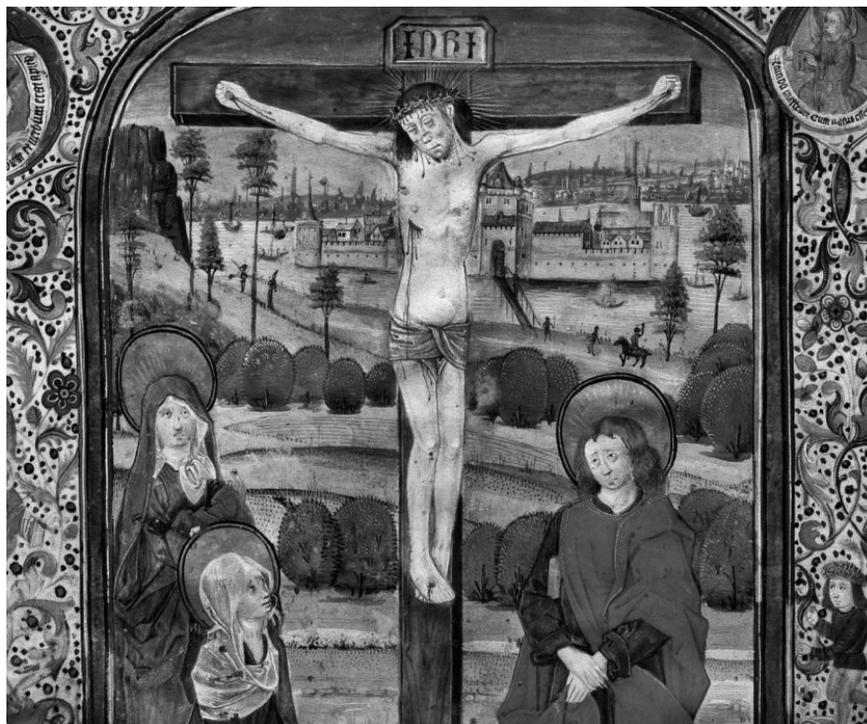
NOTICIAS DE INTERÉS

1

Imagen del mes de abril: Crucifixión del Señor de un códice del siglo XI

(1 de abril 2020)

Se trata de una miniatura de cuidados detalles que adorna la regla de la cofradía de Santa María de la «Creazón», una hermandad que ayudaba a los canónigos en el culto de la Catedral.



2

Este año, «la procesión va por dentro»

(1 abril 2020)

Las cofradías de Jesús con la Cruz a Cuestas y Nuestra Señora de los Dolores prepararon una «procesión» del encuentro virtual con la que llevar a la ciudad un mensaje de esperanza.



3

Materiales para vivir la Semana Santa en familia

(2 abril 2020)

Las delegaciones de Liturgia de Castilla y León, Santander y Oviedo ofrecieron unos subsidios para ayudar a las familias a vivir con intensidad los días centrales del Año Litúrgico.



4

Voluntared amplía sus ofertas de formación online en tiempos de confinamiento

(2 abril 2020)

Además del título de monitor, lanza ahora dos cursos online para la obtención de las titulaciones de coordinador de tiempo libre y monitor de jóvenes con necesidades educativas especiales.



5

Los sacerdotes de la diócesis renuncian a parte de su sueldo para donarlo a Cáritas Burgos

(3 abril 2020)

La iniciativa, respaldada por la Vicaría del Clero, nació de varios sacerdotes que deseaban colaborar así a paliar las consecuencias económicas y sociales derivadas por el coronavirus.



6

Las Cistercienses de Villamayor fabrican batas y mascarillas para sanitarios

(4 abril 2020)

La comunidad se sumó a la iniciativa solidaria puesta en marcha en la comarca del Arlanza e hizo entrega a Cruz Roja de decenas de batas y mascarillas de protección.



7

Una oportunidad para vivir una Semana Santa «más auténtica y real, desde dentro»

(5 abril 2020)

El arzobispo, en su homilía del Domingo de Ramos desde la Casa de la Iglesia, trasladó a una sociedad «escondida y atemorizada» el mensaje salvador de Dios, que asumió «nuestra débil condición».



8

Las Clarisas de Medina de Pomar, volcadas con los servicios sanitarios

(7 abril 2020)

Realizan mascarillas con la tela que usaban para elaborar los equipos de protección de los trabajadores de la antigua central nuclear de Santa María de Garoña y lavan las ropas de las ambulancias.



9

El Papa nombra a Santiago del Cura miembro de una comisión de estudio sobre el diaconado femenino

(8 abril 2020)

Dependiente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, la comisión está compuesta por cinco mujeres y otros cinco varones, presididos por el Cardenal-Arzbispo de l'Aquila, monseñor Giuseppe Petrocchi.



10

Un amor que se hace entrega en eucaristía, sacerdocio, y fraternidad

(9 abril 2020)

El arzobispo, don Fidel Herráez Vegas, presidió a puerta cerrada en la Catedral la misa de la Cena del Señor, con la que inauguraba el Triduo Pascual.



11

José María Cano: «Para rezar el Padre Nuestro no hay que ser prudentes»

(9 abril 2020)

El artista nos hace llegar una reedición de una de sus composiciones, un Padre Nuestro interpretado por la difunta Montserrat Caballé con el deseo de ayudar a rezar a los burgaleses.



12

«Cristo sufre en los enfermos de coronavirus»

(10 abril 2020)

En su homilía del Viernes Santo, don Fidel Herráez animó a descubrir en el Crucificado «el triunfo de la luz que permite ver de modo nuevo la vida, las dificultades, el sufrimiento».



13

La Pasión de Lerma: declamada con poesías y desde casa

(10 abril 2020)

Varios de los actores que participan cada año en esta representación se suman desde sus casas para recitar poesías y vivir así la Pasión de Cristo.



14

Campanas para anunciar al mundo la victoria de Cristo resucitado

(11 abril 2020)

La diócesis también pidió a los burgaleses colocar una vela encendida por la noche en las ventanas como signo de la victoria de Jesús sobre el pecado, el sufrimiento y la muerte.



15

El arzobispo: «Necesitaría toda la eternidad para asumir lo que significa el misterio pascual»

(12 abril 2020)

Don Fidel Herráez preside en una Catedral vacía la solemne eucaristía del Domingo de Pascua con un sentimiento de «alegría mitigada» ante «el sufrimiento de tantas personas».



16

«Estamos todos bien» : Las medidas para evitar el coronavirus en Barrantes

(14 abril 2020)

La residencia del Cabildo Catedralicio ha reforzado sus medidas de prevención para evitar la propagación del Covid-19 entre sus 96 residentes, muchos de ellos de más de 90 años y con otras patologías.



17

Cáritas teme que el coronavirus ahonde aún más en la exclusión social de los menores

(15 abril 2020)

Desde el programa de Infancia constatan imposibilidad de completar los deberes escolares, pérdida de empleo de las familias y falta de relaciones entre los menores, así como incremento de adicciones.



18

Nervios y tristeza, los principales problemas ante el coronavirus

(16 abril 2020)

El Centro de Orientación Familiar de la diócesis ofrece en el teléfono 637 477 266 ayuda psicológica y espiritual en estos días de confinamiento a causa del Covid-19.



19

La delegación de Misiones se une al fondo de emergencia creado por el Papa

(16 abril 2020)

Ante la crisis provocada por el coronavirus el Santo Padre crea un fondo de ayuda internacional para los países de misión, a la que él mismo ha aportado 750.000 dólares.

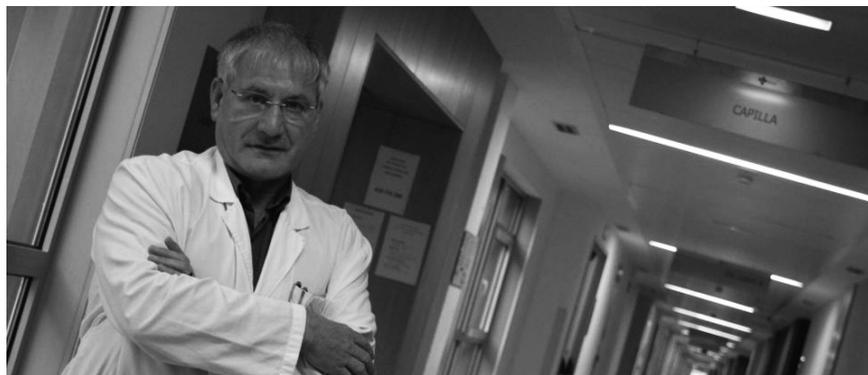


20

Capellán del HUBU: «No siento miedo, la gente necesita más que nunca nuestra compañía»

(17 abril 2020)

Ezequiel Rodríguez ha visto modificado el modo de ejercer la capellanía en el Hospital Universitario de Burgos. Ataviado con un equipo de protección, visita a los enfermos que solicitan su ayuda.



21

Que la catequesis no decaiga durante el confinamiento

(18 abril 2020)

Diego Mingo retransmite la catequesis parroquial a través de las redes sociales, mientras que el itinerario de confirmación de adultos se realiza ahora a través de email.



22

Vida Ascendente, a sus mayores: «Con la ayuda de Dios, saldremos adelante»

(20 abril 2020)

La presidenta del movimiento escribe a sus miembros exhortándoles a mantener el ánimo durante la pandemia. A los jóvenes también les pide no olvidarse de los mayores.



23

El burgalés Ramón del Hoyo, obispo emérito de Jaén, ingresado por coronavirus

(21 abril 2020)

La diócesis de Jaén ha comunicado la hospitalización del obispo, ingresado con un cuadro de neumonía a causa del Covid-19.



24

Jorge y Jhoana: «Somos privilegiados, tenemos techo, alimentos y a Dios»

(21 abril 2020)

Son dos de las personas sin hogar que se alojan en el Seminario. Llegaron a España huyendo de la dictadura de su país y en Cáritas han encontrado un lugar donde comenzar una nueva vida.



25

Cartas de ánimo en el albergue de Cáritas

(22 abril 2020)

Alumnos del instituto Diego Marín Aguilera escriben misivas alentando personas sin hogar que se albergan en el Seminario diocesano de San José durante la pandemia por coronavirus.



26

La Catedral se alía con 141 organizaciones de todo el mundo para defender una salida colectiva a la crisis del Covid19

(22 abril 2020)

Multinacionales, ONG's, instituciones, cooperativas y profesionales firman un manifiesto en el que se comprometen a que ninguna persona se quede atrás en la salida de la crisis.



27

Don Ramón del Hoyo recibe el alta hospitalaria

(23 abril 2020)

Tras haber sido ingresado con un cuadro de neumonía a causa del Covid-19, el obispo emérito de Jaén se recupera ya en su domicilio.



28

Contagiar vida: la respuesta de la diócesis al coronavirus

(23 abril 2020)

Con un pequeño vídeo, la diócesis muestra algunas de las numerosas acciones que se están llevando a cabo en toda la provincia ante la crisis provocada por el Covid-19.



29

Cáritas ha atendido a 1.400 familias desde el inicio de la pandemia

(24 abril 2020)

Cubrir necesidades básicas como alimentos, higiene o medicamentos, o adelantar ayudas de la administración pública son algunas de las acciones de urgencia que realiza la entidad.



30

Los sacerdotes mantendrán encuentros de formación digital para reflexionar sobre la crisis del coronavirus

(25 abril 2020)

Los profesores Eloy Bueno y Fernando Susaeta ayudaron a los sacerdotes a reflexionar sobre la problemática actual y buscar pistas para afrontar mejor su tarea pastoral.



31

Cuando el virus no puede con la vida que nace

(27 abril 2020)

Cáritas ha modificado su programa de ayuda a mujeres gestantes y madres con dificultad para seguir prestando la ayuda que precisan, desde cubrir necesidades básicas a recursos educativos.



32

Aula virtual de Religión: Cuando el Covid-19 suscita interrogantes en los alumnos

(28 abril 2020)

Javier Fernández, profesor de Religión, explica cómo ha adaptado sus clases ante la pandemia y cómo la enfermedad suscita entre sus alumnos interrogantes sobre el sentido de la vida.



33

Ante el 1º de mayo, Iglesia por el Trabajo Decente denuncia el «virus de la precariedad»

(28 abril 2020)

A través de un manifiesto, reclaman medidas para «superar planteamientos individualistas y comprometernos solidariamente con la comunidad y el bien común».



Una llamada a rezar y colaborar con las vocaciones

(29 abril 2020)

Las delegaciones diocesanas de Misiones y Pastoral Vocacional ofrecen materiales y citas de oración virtual para ayudar a rezar y sostener económicamente las vocaciones aquí y en tierras de misión.



Conferencia Episcopal

I

DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es

II

LA IGLESIA ESPAÑOLA LLAMA A LA SOLIDARIDAD CON MOTIVO DEL DÍA DEL AMOR FRATERO

En pleno impacto sanitario y social de la pandemia del coronavirus, que está causando una grave precariedad social y un intenso sufrimiento en tantas familias de nuestro país, la Iglesia española, a través de Cáritas, la Conferencia Episcopal y los medios de comunicación Cope, TRECE y Ecclesia invitan a vivir la Semana Santa en clave de fraternidad con todos los afectados.



La celebración del Día del Amor Fraterno en el día de Jueves Santo es un momento privilegiado, en estos días que celebramos como Iglesia la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, para llamar a vivir la fraternidad y hacer vida real el mandamiento nuevo del amor.

La fraternidad alumbra la esperanza

Hay formas concretas de expresar esa solidaridad y cercanía con todos aquellos que atraviesan por circunstancias difíciles a causa del coronavirus.

Una de ellas es el gesto que Cáritas y la Conferencia Episcopal proponen para el día de Jueves Santo bajo el lema “**La fraternidad alumbra la esperanza**”. Se trata de encender una vela en el momento de compartir la cena, acompañado de una oración-bendición.

Con este gesto se invita a unirse a Jesús en su Última Cena y a todos por los que Él se entrega. En un día donde, a causa del aislamiento, sólo hemos podido celebrar la Eucaristía de manera virtual, este gesto nos ayudará a sentirnos, si cabe, más unidos entre nosotros, más en común-unió n con todos y con toda la Humanidad sufriente por esta pandemia global. Al encender una vela, nos unimos en comunidad fraterna y alumbramos la Pascua que esperamos.

Apoyo económico a las personas más vulnerables

Otro gesto a través del cual es posible expresar en el Día del Amor Fraterno esa cercanía solidaria con los afectados ante el impacto del coronavirus es canalizar ese compromiso a través del apoyo económico a la campaña de emergencia “**Cada gesto cuenta**” lanzada por Cáritas para apoyar las necesidades más urgentes de las personas en situación más vulnerable.

Son innumerables las iniciativas solidarias que todas las 70 Cáritas Diocesanas de España y **cada una de las Diócesis** están desarrollando, bajo el lema “La Caridad No Cierra” para acompañar las necesidades básicas de quienes se encuentran en condiciones de mayor precariedad, como son, entre otros, las personas sin hogar, los mayores o las familias con escasos recursos.

Los efectos del Covid-19 en las condiciones económicas y sociales del país están siendo muy intensos y todo indica que, debido a la crisis de empleo en ciernes y la falta de ingresos a la que ya se enfrentan cientos de miles de familias, las demandas de apoyo urgente van a multiplicarse. En ese escenario, los esfuerzos de acompañamiento de Cáritas estarán, como

en ocasiones recientes, allí donde las necesidades de las personas más frágiles sean mayores.

Hacer memoria para amar sirviendo

Cada Jueves Santo, la Iglesia hace memoria agradecida de la Última Cena de Jesús con sus discípulos y de esa experiencia radical del amor fraterno que Jesús quiso expresar en el gesto del lavatorio de los pies, que es expresión del amor hecho servicio.

No hay amor si no se aprende a conjugar el verbo servir, si no se está dispuesto a despojarse de todo aquello que estorba, sin ponerse a los pies de aquel que nos necesita.

En este Día del Amor Fraterno de 2020, cuando Jesús nos invita a sentarnos a su mesa, a compartir el pan y la vida, a aprender la lección del servicio, es el momento en el que este servicio debemos centrarlo de forma concreta en los golpeados por el coronavirus y, especialmente, en quienes están en situación de mayor vulnerabilidad y exclusión social ante la pandemia.

Algunas actitudes para vivir la fraternidad

Dentro de la llamada que Cáritas y la Conferencia Episcopal lanzan para vivir este año la jornada del Amor Fraterno potenciando el valor de la acogida, se apuntan algunas actitudes que pueden ayudar a vivir el amor fraternal:

- **Mirada atenta** para descubrir la necesidad del otro, comenzando por aquellos con quienes compartimos el hogar y el confinamiento.
- **Humildad** para reconocer la propia vulnerabilidad y acoger el cariño y la cercanía del otro.
- **Ayuda mutua.** Es la hora de una fraternidad inteligente, ejemplar y creativa para superar el individualismo y descubrir que nos necesitamos todos.
- **Compasión.** Sentir con el otro y estar al lado compartiendo desalientos y esperanzas.
- **Responsabilidad** para cuidarse y cuidar al otro, asumiendo las consecuencias de las propias acciones.
- **Gratuidad.** Amar es dar, es dar-se, ofrecer lo que soy y tengo, aunque parezca insignificante.

- **Acompañar** como expresión del amor hecho servicio generoso, entregado y cercano.
- **Orar** contemplando a Cristo en su Cruz y mirando con ternura a todos los que sufren.
- **Esperanza**, la que viene de Cristo resucitado, que ilusiona y abre al futuro porque con la Pascua llegan días de salvación y alegría.

Oración-bendición

Asimismo, y con objeto de acompañar el encendido de una vela en el momento de compartir la cena, Cáritas y la Conferencia Episcopal proponen una oración-bendición:

*Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final,
hasta el extremo que se puede amar: dar la vida por otro.*

*Gracias Señor, porque en la última cena
partiste tu pan y vino, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...*

*Gracias Señor, porque en la Eucaristía nos haces UNO contigo,
nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos
a entregar la nuestra...*

*Gracias Señor, porque en el pan y el vino
nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.*

*Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa
con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.*

*Bendice nuestra cena, Señor; bendice a nuestros hermanos más frágiles
y enfermos con quienes hoy nos sentimos especialmente unidos;
que la fraternidad alumbre para ellos la esperanza.
AMEN.*

III

CAMPANAS PARA ANUNCIAR LA RESURRECCIÓN Y LA ESPERANZA

(Madrid, 10-4-2020, Viernes Santo)

Ante la próxima celebración de la resurrección de Cristo y su victoria sobre la muerte, la Comisión Ejecutiva ha propuesto, repicar las campanas de todos los templos, este Domingo de Resurrección, a las 12 del mediodía,



unidos al Papa Francisco en su bendición “urbi et orbi”, que convoca con el lema: *Jesucristo ha resucitado, anuncia y realiza la victoria de la vida sobre la muerte. Somos testigos de esta esperanza.*

Es un gesto que busca también acompañar la soledad de miles de personas que han fallecido y mostrar esperanza y consuelo a sus familiares.

Texto completo de la carta de la Comisión Ejecutiva

Querido hermano en el episcopado:

La Iglesia celebra este Domingo de Pascua la victoria de Cristo sobre la muerte. Este anuncio nuclear de nuestra fe tratamos de hacerlo llegar con múltiples testimonios e iniciativas. Deseamos pregonarlo, aun con lágrimas en los ojos.

La Comisión Ejecutiva de la CEE hace esta propuesta: **Voltear las campanas de todos nuestros templos el Domingo de Resurrección a las 12 del mediodía unidos al papa Francisco en su bendición “urbi et orbi” con este lema:**

Jesucristo ha resucitado, anuncia y realiza la victoria de la vida sobre la muerte. Somos testigos de esta esperanza.

La expresión mayor del drama que estamos viviendo es la muerte de miles de personas en soledad y, a veces, en la desesperación y falta de consuelo de sus familiares. La manera de despedir a los difuntos, celebrar ritos de esperanza y acompañar el duelo de sus deudos, está en el origen de la civilización. La actual crisis socava este pilar.

La Iglesia es depositaria de la esperanza que brota de la fe en Cristo muerto y resucitado y se comparte en la caridad. Tocamos las campanas para ofrecer esta esperanza a quienes hoy más la necesitan.

IV

EL SECRETARIO GENERAL DE LA CEE APELA A TRABAJAR POR EL BIEN COMÚN

El secretario general de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Mons. Luis Argüello, obispo auxiliar de Valladolid, ha comparecido ante los medios de comunicación en una rueda de prensa *on line* ante el momento tan particular que estamos viviendo.

Organizar el bien común

Mons. Argüello ha comenzado dando un pésame cargado de esperanza a los todos los que han perdido un familiar y padecen esta enfermedad y las gracias a todos los que trabajan y sirven en la sociedad. Además de ofrecer palabras de ánimo a niños y jóvenes, a las residencias de mayores y a sus cuidadores, a los que tienen miedo.

El secretario general afirma que estamos ante una crisis sanitaria y económica, pero sobre todo política, espiritual, en el sentido más amplio. “Nos vemos abocados a pensar cómo organizar el común, la nueva normalidad, cómo reorganizar la desescalada. Están en juego la vida, los enfermos, la seguridad y la libertad, las cuestiones entre las razones sanitarias y la vida, la verdad, las falsas noticias, el bien común y el principio de subsidiaridad”.

Subraya que el cuidado de los ancianos, de los niños y la despedida de los difuntos marcan una civilización. En este sentido, ante el drama que se ha vivido en las Residencias de mayores, insiste en que “no podemos considerar a los ancianos como un grupo de descarte”.

Mons. Argüello indica que es necesario una mirada hacia el futuro: “la pandemia acelera el cambio de época. También en el interior de la Iglesia, nuestra forma de atención pastoral también cambia, la conversión pasto-

ral es ahora. Es un tiempo propicio para animarnos a un tiempo de imaginación, en el realismo que solo el Evangelio puede proporcionarnos.”

Por ello, apela a recuperar el espíritu de la transición, que además será un nuevo estilo de transición: “en la organización política los proyectos deben ser a medio y largo plazo. El tiempo es superior al espacio. La realidad, en las situaciones concretas es superior a las ideologías. La unidad es superior a las ideologías. La unidad es superior al conflicto. La unidad puede acoger las diferencias. Esta crisis es global, no podemos perder de vista a todo lo que ocurre en el mundo”. De este modo “seremos artífices de una historia común. La pandemia nos ha despertado ante el individualismo”.

En este encuentro con los periodistas, Mons. Arguello ha realizado un llamamiento a nuestra clase política “para buscar juntos el bien común”.

Libertad de culto

En cuanto a la libertad de culto para los fieles ha subrayado que “hemos llamado a quedarse en casa. Los templos en muchos lugares han estado cerrados, pero la Iglesia se ha mantenido abierta. Una cuestión es el templo y otra la vida de la Iglesia. Que se ha mantenido a través de una creatividad pastoral extraordinaria. El art. 11 del Decreto del Estado de alarma, reconoce esta situación y el art. 7, no decía explícitamente nada sobre las salidas para el culto, que son los artículos que están regulando estas cuestiones”. “Ni siquiera en el estado de excepción puede suprimirse la libertad de culto”, ha aclarado el secretario general de la CEE.

En relación a la desescalada en lo que se refiere al culto religioso, “sobre todo para la progresiva salida, queremos clarificar la situación del culto con el gobierno. La presencia y celebración de la fe tiene mucha importancia para los cristianos. Por eso, siguiendo todas las recomendaciones, deseamos que el culto vuelva a la sociedad. Es muy importante que la eucaristía pueda celebrarse con pueblo, progresivamente”.

En relación a la intervención en algunas parroquias de la policía interrumpiendo el culto, Mons. Argüello ha señalado que “la actuación de la policía interrumpiendo un acto de culto es desmedida, no respeta ni el 11 del estado de alarma ni el 16 de la Constitución Española”.

Cáritas y ayuda a los más necesitados

El secretario general de la CEE hace una llamada también “a dar un paso hacia delante de generosidad y corresponsabilidad”. Ha explicado que la Comisión Ejecutiva de la CEE ha sugerido que cada diócesis vea

la manera de promover una ayuda para los más necesitados en esta crisis económica. Empezando por los obispos y sacerdotes ver la posibilidad de donar una parte de su sueldo a los más necesitados, y desde ese comienzo, invitar a unirse también a todos los fieles cristianos y a toda la sociedad. Ha animado a sumarse a la Campaña de Cáritas “Cada Gesto importa”, para ofrecer nuestra ayuda económica a los más pobres.

Recuerda también otros organismos desde los que podemos ofrecer dinero para esta crisis: la Campaña de OMP para una solidaridad con otros países y la posibilidad de marcar las dos X en la Declaración de la Renta para “ayudar el doble y doblar la solidaridad”. Otra posibilidad es utilizar la página donoamiiglesia.es, con la que se ayuda directamente a las parroquias y a las diócesis.

También ha subrayado la importancia de que las personas puedan ejercer su dignidad mediante un puesto de trabajo. En relación a la renta básica ha manifestado que: “ayudas a quienes lo necesitan es indispensable, pero pensar en una permanencia, que vivan de manera subsidiada, no sería un horizonte deseable para la organización del común”.

V

LA COMISIÓN EJECUTIVA INVITA A LA CORRESPONSABILIDAD Y GENEROSIDAD ECONÓMICA ANTE LA PANDEMIA

(19-4-2020)

*Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección.
¡Ven Señor Jesús!*

La pandemia provocada por el COVID-19 y el obligado confinamiento para evitar su propagación tienen consecuencias de muy diverso orden en la vida social y eclesial.

Vivimos un desafío pastoral que refuerza el significado de la Iglesia doméstica y la creatividad pastoral, pero nos impide congregarnos físicamente en torno al altar, como pueblo santo de Dios, para vivir plenamente la realidad sacramental que nos constituye.

Las consecuencias sanitarias, sociales y económicas se hacen notar con la preocupación de su evolución en el futuro inmediato. La Iglesia está respondiendo con generosidad, singularmente a través de la acción de sus Cáritas parroquiales y diocesanas, la presencia de la vida consagrada en residencias de mayores y servicios sociales, junto con otras muchas inicia-

tivas de instituciones y organizaciones eclesiales; también con la participación de tantos católicos en ONGs y asociaciones civiles.

También la economía de nuestras Diócesis y Parroquias se resiente con los templos cerrados y la interrupción de las colectas y otros ingresos. Es, además, fácil de prever que en el futuro disminuirán los ingresos habituales y la asignación tributaria se resentirá en los próximos ejercicios ante la probable disminución de la recaudación por el IRPF, motivada por la crisis económica que se nos viene encima. En estas circunstancias, estamos llamados a convocar a la corresponsabilidad de todos en el sostenimiento de la Iglesia y en la solidaridad con los pobres de cerca y de lejos.

En estas semanas, hemos pedido dinero para Cáritas y OMP, y comienza la campaña de la Renta con la invitación a todos a asignar en favor de la Iglesia, recordando también la existencia del portal www.donoamiiglesia.es, en el que es posible realizar aportaciones económicas de modo sencillo a las diversas instituciones eclesiales, incluidas las parroquias.

Creemos que salir a la plaza pública solicitando esta corresponsabilidad y ayuda, pide de nosotros, obispos y presbíteros, un paso adelante de generosidad. Por ello, invitamos a que cada Obispo vea como realizar esta sugerencia al presbiterio de su Diócesis, proponiendo la entrega de una parte de nuestro sueldo o una aportación fija durante un tiempo determinado y pidiendo a la comunidad cristiana que pueda sumarse también a esa iniciativa. El dinero recaudado podría ser destinado a ayudar a quienes sufrirán más la crisis económica en la que nos está sumiendo la paralización de la vida económica.

Si el confinamiento ha desarrollado nuestra imaginación pastoral, también hemos de crecer en esta expresión de la comunión cristiana de bienes, la corresponsabilidad en el sostenimiento de la Iglesia y la solidaridad, especialmente en esta hora, en la que resuena la voz del Resucitado: “lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” y el eco de la primera comunidad: “los creyentes vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno”. Todo ello en el camino de abrir de nuevo los templos y ofrecer de manera progresiva la participación en la Eucaristía, alimento de la Comunión del Pueblo de Dios.

VI

LA IGLESIA ESPAÑOLA INVITA ESTE DOMINGO A REZAR POR LAS VOCACIONES DESDE EL CONFINAMIENTO

El próximo **domingo 3 de mayo** es el IV domingo de Pascua, domingo del Buen Pastor. Un año más, tiene lugar la Jornada Mundial de Oración por

las Vocaciones –en su 57ª edición–, que en España se celebra junto a la **Jornada de Vocaciones Nativas**. Aunque en este año no sea posible celebrarlo en las parroquias de forma pública, los cristianos vuelven a estar llamados a rezar por todas las vocaciones de especial consagración en el mundo, para que el Señor siga llamando, y los jóvenes puedan decir sí a la llamada.

En estos días estamos viendo el gran papel que los sacerdotes, religiosos y consagrados están haciendo en esta situación extraordinaria de pandemia. La importancia de su presencia se ha visto subrayada en tantos testimonios de entrega y acompañamiento en nuestro país y en el mundo entero. Por ello, se ve la necesidad de rezar para que muchos jóvenes puedan seguir su ejemplo, y escuchar la voz de Dios.

La Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, y la Jornada de Vocaciones Nativas es convocada de forma conjunta por cuatro grandes instituciones eclesiales, que representan la diversidad y riqueza de las vocaciones de especial consagración: la Conferencia Episcopal Española (CEE), la Conferencia Española de Religiosos (CONFER), la Conferencia Española de Institutos Seculares (CEDIS) y Obras Misionales Pontificias (OMP). El lema de este año es “Jesús vive y te quiere vivo”.

Diversidad de vocaciones

Todos los cristianos están llamados a seguir a Cristo, pero hay algunas personas que son llamados a seguirle de una forma particular, a través de una consagración. Dentro de estas vocaciones, hay una gran diversidad: sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas de vida activa y contemplativa; y consagrados y consagradas de institutos seculares. Este domingo, la Iglesia invita a rezar por ellos, y por tantos jóvenes que están sintiendo la llamada vocacional en cualquiera de estas formas.

La jornada invita también a levantar la vista, y rezar por tantos jóvenes que están siendo llamados por Dios a seguirle en los territorios de misión. Son las llamadas Vocaciones Nativas. Este domingo, la Iglesia invita a rezar por ellos, para que asuman el relevo de los misioneros, y mantengan viva la llama del Evangelio en sus países y culturas. Y además, se pide la colaboración económica, para que ninguna de esas vocaciones se pierda por falta de medios, y poder ayudar a uno de cada tres seminaristas del mundo.

Iniciativas previstas

Para poder celebrar esta Jornada, **CEE, CONFER, CEDIS y OMP** proponen como cada año materiales comunes (recogidos en la web de la CEE y en la de OMP). Por otro lado, han lanzado varias iniciativas conjuntas.

El miércoles 29, a las 12:00, se presentará a través de Youtube, la canción oficial de la Jornada, “Jesús vive y me quiere vivo”. Compuesta e interpretada por Chito Morales –perteneciente al grupo musical “Brotos de Olivo”–, es una invitación a seguir a Cristo para dar luz a los demás.

Además, en el canal de Youtube que se ha abierto para esta Jornada ‘Jesús vive y te quiere vivo’, se han publicado 9 entrevistas hechas en estos días, que recogen testimonios de personas que han sentido la llamada vocacional de especial consagración, en sus múltiples formas.

La Misa de *La 2 de TVE* se retransmitirá desde la Conferencia Episcopal, como viene siendo habitual en este tiempo de pandemia, y será presidida por Mons. Jesús Vidal Chamorro, Obispo Auxiliar de Madrid y Presidente del Subcomisión de Seminarios de la CEE. En ella se rezará especialmente por las vocaciones de especial consagración en España y en los países de misión.

VII

SE APLAZA AL 8 DE DICIEMBRE LA CAMPAÑA DEL DÍA DEL SEMINARIO

Ante la pandemia del coronavirus, la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios ha decidido aplazar la celebración del Día del Seminario al **8 de diciembre de 2020**, festividad de la **Inmaculada Concepción**.

El lema de este año es «**Pastores misioneros**». Esta jornada se celebra habitualmente el 19 de marzo, solemnidad de San José. En las comunidades autónomas en las que no es festivo, el domingo más cercano, en este caso estaba previsto el domingo 22.

“El lema elegido para esta campaña –según se explica en la reflexión que acompaña los materiales– intenta recoger, sin agotarla, la identidad del sacerdocio ministerial. Los sacerdotes, en cuanto que participan del sacerdocio de Cristo Cabeza, Pastor, Esposo y Siervo (PDV, n. 15), son llamados en verdad «pastores de la Iglesia»; y en cuanto enviados por Cristo, con los Apóstoles (Mt 28, 19ss), son esencialmente misioneros dentro de una Iglesia toda ella misionera”.

En el curso 2019-20 hay 1.129 seminaristas mayores. En nuestros seminarios han ingresado 208 nuevos seminaristas mayores y 119 han abandonado el seminario. En 2019 se celebraron 130 ordenaciones sacerdotales.

El Día del Seminario se celebra desde el año 1935 con el objetivo de suscitar vocaciones sacerdotales mediante la sensibilización, dirigida a toda la sociedad, y en particular a las comunidades cristianas.

VIII

NOTA DE LA COMISIÓN EJECUTIVA ANTE EL INICIO DE LA SALIDA DEL CONFINAMIENTO

(30-4-2020)

La Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española quiere expresar al Pueblo de Dios y a toda la sociedad española:

1. Nos alegra y damos gracias a Dios, de que la enfermedad vaya siendo controlada y pueda iniciarse, aún con reservas y precauciones, la recuperación de las actividades habituales de nuestra vida común. Tras este tiempo de dolor y sufrimiento a causa del fallecimiento de seres queridos y de los graves problemas sanitarios, sociales, económicos y laborales, hemos de afrontar esta situación con esperanza, fomentando la comunión y sintiéndonos llamados a ejercer la caridad personal, política y social.
2. Compartimos el dolor de miles de familias ante los fallecimientos causados por esta pandemia. Hemos orado por su eterno descanso y por el consuelo de familiares y amigos; queremos expresar nuestro deseo de celebrar en las próximas semanas las exequias con quienes lo soliciten en cada parroquia, y, más adelante, en una celebración diocesana para manifestar la esperanza que nos ofrece el Resucitado.
3. Agradecemos de nuevo el trabajo realizado con generosa entrega por tantas personas de los servicios sanitarios y de numerosas actividades que hacen posible la vida cotidiana en nuestra sociedad. De forma especial, reconocemos la disponibilidad y el servicio de los sacerdotes, consagrados y laicos en estas semanas.
4. Continuaremos impulsando con las personas que se ven afectadas por la crisis económica y social, el trabajo de Cáritas y de otras instituciones eclesiales para paliar estas consecuencias de la pandemia. Ofrecemos los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y la acción de los católicos en la reconstrucción de la vida social y económica, siguiendo el “plan para resucitar” del papa Francisco.
5. Después de semanas sin expresar comunitariamente nuestra fe en templos y locales parroquiales, queremos recuperar progresivamente la normalidad de la vida eclesial. En esta fase de transición, mantenemos la propuesta de dispensar del precepto de participar en la Misa dominical y sugerimos a personas de riesgo, mayores y enfermos, que consideren la posibilidad de quedarse en casa y sigan las celebraciones por los medios de comunicación. Pedimos a los sacerdotes y colaboradores que hagan un esfuerzo por facilitar la celebración y la oración, cuidando las medidas organizativas e higiénicas. Las personas que acudan a la iglesia para las celebra-

ciones o para oración personal, deben hacerlo siguiendo las pautas y recomendaciones que unimos a esta nota, siempre a expensas de las normas de las autoridades sanitarias.

6. Instamos a las autoridades de las diversas administraciones públicas, a los partidos políticos y organizaciones empresariales y sindicales, a otras asociaciones e instituciones, así como a todos los ciudadanos, al acuerdo y colaboración en favor del bien común. Todos estamos llamados a ser responsables en la convivencia para evitar en lo posible la expansión de la enfermedad y ayudar a los pobres y a quienes más padezcan las consecuencias de esta pandemia.
7. Nos unimos en la oración común que afianza la fraternidad, suplicamos la gracia del Señor y la luz del Espíritu Santo para discernir lo que Dios nos quiere decir en esta circunstancia; pedimos especialmente por los investigadores a fin de que alcancen un remedio a la pandemia. Nos ponemos bajo la protección materna de la Inmaculada patrona de España.

MEDIDAS DE PREVENCIÓN PARA LA CELEBRACIÓN DEL CULTO PÚBLICO EN LOS TEMPLOS CATÓLICOS DURANTE LA DESESCALADA DE LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS EN TIEMPO DE PANDEMIA

El coronavirus continúa propagándose por España. Dada la grave responsabilidad que supone, para todos, prevenir el contagio de la enfermedad, proponemos estas disposiciones, aconsejando máxima prudencia en su aplicación que cada Diócesis habrá de concretar. Será necesaria una evaluación continuada que permita valorar su puesta en práctica y modificación en las situaciones que sea necesario, teniendo en cuenta lo que la autoridad sanitaria disponga en cada momento.

1. Fases de aplicación

Fase 0: Mantenemos la situación actual. Culto sin pueblo. Atención religiosa personalizada poniendo atención especial a los que han perdido a seres queridos. Preparamos en cada diócesis y parroquias las fases siguientes.

Fase 1: Se permite la asistencia grupal, pero no masiva, a los templos sin superar el tercio del aforo, con eucaristías dominicales y diarias. Quizá con preferencia al acompañamiento de las familias en su duelo.

Fase 2: Restablecimiento de los servicios ordinarios y grupales de la acción pastoral con los criterios organizativos y sanitarios –mitad del aforo, higiene, distancia– y medidas que se refieren a continuación.

Fase 3: Vida pastoral ordinaria que tenga en cuenta las medidas necesarias hasta que haya una solución médica a la enfermedad.

2. Disposiciones de carácter general

1. Ante esta circunstancia, prorrogamos la dispensa del precepto dominical, invitando a la lectura de la Palabra de Dios y a la oración en las casas, pudiendo beneficiarse de la retransmisión a través de los medios de comunicación para quien no pueda acudir al templo. También, se invita las personas mayores, enfermas o en situación de riesgo a que valoren la conveniencia de no salir de sus domicilios.
2. Se establece el aforo máximo de los templos (1/3 en la primera fase y 1/2 en la segunda) y respetar la distancia de seguridad.
3. En las Eucaristías dominicales, allí donde sea necesario y posible, procurar aumentar el número de celebraciones cuando haya mayor afluencia de fieles, a fin de descongestionar los templos.
4. Se recomienda que los fieles hagan uso de mascarilla con carácter general
5. Las pilas de agua bendita continuarán vacías.
6. Las puertas de las iglesias se mantendrán abiertas a la entrada y salida de las celebraciones para no tener que tocar manillas o pomos.

3. A la entrada de la celebración

1. Organizar, con personas responsables, la apertura y cierre las puertas de entrada al templo, la distribución los fieles en el templo, el acceso a la hora de comulgar y la salida de la iglesia al finalizar, respetando la distancia de seguridad
2. Ofrecer gel hidroalcohólico o algún desinfectante similar, a la entrada y salida de la iglesia.

4. A tener en cuenta durante la liturgia

1. Evitar los coros en la parroquia: se recomienda mantener un solo cantor o algunas voces individuales y algún instrumento. No habrá hoja de cantos ni se distribuirán pliegos con las lecturas o cualquier otro objeto o papel.
2. El cestillo de la colecta no se pasará durante el ofertorio, sino que el servicio de orden lo ofrecerá a la salida de la misa, siguiendo los criterios de seguridad señalados.
3. El cáliz, la patena y los copones, estarán cubiertos con la “palia” durante la plegaria eucarística.

4. El sacerdote celebrante desinfectará sus manos al empezar el canon de la misa, y los demás ministros de la comunión antes de distribuirla.
5. El saludo de la paz, que es facultativo, se podrá sustituir por un gesto evitando el contacto directo.
6. El diálogo individual de la comunión (“El Cuerpo de Cristo”. “Amén”), se pronunciará de forma colectiva después de la respuesta “Señor no soy digno...”, distribuyéndose la Eucaristía en silencio.
7. En el caso de que el sacerdote fuera mayor, establecer ministros extraordinarios de la Eucaristía para distribuir la comunión.

5. A la salida de la celebración

1. Establecer la salida ordenada de la iglesia evitando agrupaciones de personas en la puerta.
2. Desinfección continua del templo, bancos, objetos litúrgicos, etc.

6. Otras celebraciones

1. **La celebración del Sacramento de la reconciliación y los momentos de escucha de los fieles:** además de las medidas generales, se ha de escoger un espacio amplio, mantener la distancia social asegurando la confidencialidad. Tanto el fiel como el confesor deberán llevar mascarilla. Al acabar, se aconseja reiterar la higiene de manos y la limpieza de las superficies.
2. **Bautismo:** Rito breve. En la administración del agua bautismal, hágase desde un recipiente al que no retorne el agua utilizada, evitando cualquier tipo de contacto entre los bautizandos. En las unciones se puede utilizar un algodón o bastoncillo de un solo uso, incinerándose al terminar la celebración.
3. **Confirmación:** En la crismación se puede utilizar un algodón o bastoncillo, como se ha indicado en el caso del bautismo. Obsérvese la higiene de manos entre cada contacto, cuando haya varios confirmandos.
4. **Matrimonio:** Los anillos, arras, etc., deberán ser manipulados exclusivamente por los contrayentes. Manténganse la debida prudencia en la firma de los contrayentes y los testigos, así como en la entrega de la documentación correspondiente.
5. **Unción de enfermos:** Rito breve. En la administración de los óleos puede utilizarse un algodón o bastoncillo como se ha indicado anteriormente. Los sacerdotes muy mayores o enfermos no deberían administrar este sacramento a personas que están infectadas por

coronavirus. En todo caso, obsérvense las indicaciones de protección indicadas por las autoridades sanitarias correspondientes.

6. **Exequias de difuntos:** Los funerales y las exequias seguirán los mismos criterios de la misa dominical. Aunque sea difícil en esos momentos de dolor, insistir en evitar los gestos de afecto que implican contacto personal y la importancia de mantener distancia de seguridad.

7. Visitas a la Iglesia para la oración o adoración del Santísimo

1. Seguir las pautas generales ofrecidas, evitando la concentración y señalando los lugares para la oración y la adoración
2. No permitir visitas turísticas en la fases 1 y 2 de la desescalada.

8. Utilización de dependencias parroquiales para reuniones o sesiones formativas

1. En la segunda fase las reuniones en dependencias parroquiales seguirán las pautas utilizadas para las reuniones culturales previstas por el ministerio de sanidad que consiste en un máximo de 1/3 de aforo en lugares cuyo aforo habitual es de 50 personas, respetando la distancia de seguridad y la utilización de mascarillas.
2. En la tercera fase el aforo pasa a ser de 1/2 en lugares de un aforo habitual de 50 personas y de 1/3 en lugares de un aforo habitual de 80 personas en las mismas condiciones de distancia y utilización de mascarillas.

9. Propuesta de inicio de puesta en marcha de estas medidas

Según las indicaciones recibidas, se comenzará la aplicación de estas medidas desde el lunes 11 de mayo, para que en las celebraciones del domingo 17 de mayo, tengamos una evaluación y una experiencia suficiente de los días anteriores.

PREDICACIÓN DEL P. RANIERO CANTALAMESSA EN LA CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR EN EL VIERNES SANTO 2020

Tengo proyectos de paz, no de aflicción

San Gregorio Magno decía que la Escritura «cum legentibus crescit», crece con quienes la leen. Expresa significados siempre nuevos en función de las preguntas que el hombre lleva en su corazón al leerla. Y nosotros este año leemos el relato de la Pasión con una pregunta –más aún, con un grito– en el corazón que se eleva por toda la tierra. Debemos tratar de captar la respuesta que la palabra de Dios le da.

Lo que acabamos de escuchar es el relato del mal objetivamente más grande jamás cometido en la tierra. Podemos mirarlo desde dos perspectivas diferentes: o de frente o por detrás, es decir, o por sus causas o por sus efectos.

Si nos detenemos en las causas históricas de la muerte de Cristo nos confundimos y cada uno estará tentado de decir como Pilato: «Yo soy inocente de la sangre de este hombre» (Mt 27,24). La cruz se comprende mejor por sus efectos que por sus causas. Y ¿cuáles han sido los efectos de la muerte de Cristo? ¡Justificados por la fe en Él, reconciliados y en paz con Dios, llenos de la esperanza de una vida eterna! (cf. Rom 5, 1-5).

Pero hay un efecto que la situación en acto nos ayuda a captar en particular. La cruz de Cristo ha cambiado el sentido del dolor y del sufrimiento humano. De todo sufrimiento, físico y moral. Ya no es un castigo, una maldición. Ha sido redimida en raíz desde que el Hijo de Dios la ha tomado sobre sí.

¿Cuál es la prueba más segura de que la bebida que alguien te ofrece no está envenenada? Es si él bebe delante de ti de la misma copa. Así lo ha hecho Dios: en la cruz ha bebido, delante del mundo, el cáliz del dolor hasta las heces. Así ha mostrado que éste no está envenenado, sino que hay una perla en el fondo de él.

Y no solo el dolor de quien tiene la fe, sino de todo dolor humano. Él murió por todos. «Cuando yo sea levantado sobre la tierra –había dicho–,

atraeré a todos a mí» (Jn 12,32). ¡Todos, no sólo algunos! «Sufrir –escribía san Juan Pablo II desde su cama de hospital después del atentado– significa hacerse particularmente receptivos, especialmente abiertos a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios ofrecidas a la humanidad en Cristo» .

Gracias a la cruz de Cristo, el sufrimiento se ha convertido también, a su manera, en una especie de «sacramento universal de salvación» para el género humano

¿Cuál es la luz que todo esto arroja sobre la situación dramática que está viviendo la humanidad? También aquí, más que a las causas, debemos mirar a los efectos. No sólo los negativos, cuyo triste parte escuchamos cada día, sino también los positivos que sólo una observación más atenta nos ayuda a captar.

La pandemia del Coronavirus nos ha despertado bruscamente del peligro mayor que siempre han corrido los individuos y la humanidad: el del delirio de omnipotencia. Tenemos la ocasión –ha escrito un conocido Rabino judío– de celebrar este año un especial éxodo pascual, salir «del exilio de la conciencia».

Ha bastado el más pequeño e informe elemento de la naturaleza, un virus, para recordarnos que somos mortales, que la potencia militar y la tecnología no bastan para salvarnos. «El hombre en la prosperidad no comprende –dice un salmo de la Biblia–, es como los animales que perecen» (Sal 49,21). ¡Qué verdad es!

Mientras pintaba al fresco la catedral de San Pablo en Londres, el pintor James Thornhill, en un cierto momento, se sobrecogió con tanto entusiasmo por su fresco que, retrocediendo para verlo mejor, no se daba cuenta de que se iba a precipitar al vacío desde los andamios. Un asistente, horrorizado, comprendió que un grito de llamada sólo habría acelerado el desastre. Sin pensarlo dos veces, mojó un pincel en el color y lo arrojó en medio del fresco. El maestro, estupefacto, dio un salto hacia adelante. Su obra estaba comprometida, pero él estaba a salvo.

Así actúa a veces Dios con nosotros: trastorna nuestros proyectos y nuestra tranquilidad, para salvarnos del abismo que no vemos. Pero atentos a no engañarnos. No es Dios quien ha arrojado el pincel sobre el fresco de nuestra orgullosa civilización tecnológica. ¡Dios es aliado nuestro, no del virus!

«Tengo proyectos de paz, no de aflicción», nos dice él mismo en la Biblia (Jer 29,11). Si estos flagelos fueran castigos de Dios, no se explicaría por qué se abaten igual sobre buenos y malos, y por qué los pobres son los que más sufren sus consecuencias. ¿Son ellos más pecadores que otros?

¡No! El que lloró un día por la muerte de Lázaro llora hoy por el flagelo que ha caído sobre la humanidad. Sí, Dios “sufre”, como cada padre y

cada madre. Cuando nos enteremos un día, nos avergonzaremos de todas las acusaciones que hicimos contra él en la vida. Dios participa en nuestro dolor para vencerlo. «Dios –escribe san Agustín–, siendo supremamente bueno, no permitiría jamás que cualquier mal existiera en sus obras, si no fuera lo suficientemente poderoso y bueno, para sacar del mal mismo el bien».

¿Acaso Dios Padre ha querido la muerte de su Hijo, para sacar un bien de ella? No, simplemente ha permitido que la libertad humana siguiera su curso, haciendo, sin embargo, que sirviera a su plan, no al de los hombres. Esto vale también para los males naturales como los terremotos y las pestes. Él no los suscita.

Él ha dado también a la naturaleza una especie de libertad, cualitativamente diferente, sin duda, de la libertad moral del hombre, pero siempre una forma de libertad. Libertad de evolucionar según sus leyes de desarrollo. No ha creado el mundo como un reloj programado con antelación en cualquier mínimo movimiento suyo. Es lo que algunos llaman la casualidad, y que la Biblia, en cambio, llama «sabiduría de Dios».

* * *

El otro fruto positivo de la presente crisis sanitaria es el sentimiento de solidaridad. ¿Cuándo, en la memoria humana, los pueblos de todas las naciones se sintieron tan unidos, tan iguales, tan poco enfrentados, como en este momento de dolor? Nunca como ahora hemos percibido la verdad del grito de un nuestro poeta: «¡Hombres, paz! Sobre la tierra postrada demasiado es el misterio».

Nos hemos olvidado de los muros a construir. El virus no conoce fronteras. En un instante ha derribado todas las barreras y las distinciones: de raza, de religión, de censo, de poder. No debemos volver atrás cuando este momento haya pasado.

Como nos ha exhortado el Santo Padre no debemos desaprovechar esta ocasión. No hagamos que tanto dolor, tantos muertos, tanto compromiso heroico por parte de los agentes sanitarios haya sido en vano. Esta es la «recesión» que más debemos temer.

*De las espadas forjarán arados,
de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra (Is 2,4).*

Es el momento de realizar algo de esta profecía de Isaías cuyo cumplimiento espera desde siempre la humanidad. Digamos «basta» a la trágica carrera de armamentos. Gritadlo con todas vuestras fuerzas, jóvenes, porque es sobre todo vuestro destino lo que está en juego.

Destinemos los ilimitados recursos empleados para las armas para los fines cuya necesidad y urgencia vemos en estas situaciones: la salud, la higiene, la alimentación, la lucha contra la pobreza, el cuidado de lo creado. Dejemos a la generación que venga un mundo más pobre de cosas y de dinero, si es necesario, pero más rico en humanidad.

* * *

La Palabra de Dios nos dice qué es lo primero que debemos hacer en momentos como estos: gritar a Dios. Es él mismo quien pone en labios de los hombres las palabras que hay que gritarle, a veces incluso palabras duras, de llanto y casi de acusación. «¡Levántate, Señor, ven en nuestra ayuda! ¡Sálvanos por tu misericordia! [...] ¡Despierta, no nos rechaces para siempre!» (Sal 44,24.27). «Señor, ¿no te importa que perezcamos?» (Mc 4,38).

¿Acaso a Dios le gusta que se le rece para conceder sus beneficios? ¿Acaso nuestra oración puede hacer cambiar sus planes a Dios? No, pero hay cosas que Dios ha decidido concedernos como fruto conjunto de su gracia y de nuestra oración, casi para compartir con sus criaturas el mérito del beneficio recibido. Es él quien nos impulsa a hacerlo: «Pedid y recibiréis, ha dicho Jesús, llamad y se os abrirá» (Mt 7,7).

Cuando, en el desierto, los judíos eran mordidos por serpientes venenosas, Dios ordenó a Moisés que levantara en un estandarte una serpiente de bronce, y quien lo miraba no moría. Jesús se ha apropiado de este símbolo.

«Como Moisés levantó la serpiente en el desierto –le dijo a Nicodemo– así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo aquel que cree en él tenga vida eterna» (Jn 3,14-15). También nosotros, en este momento, somos mordidos por una «serpiente» venenosa invisible. Miremos a Aquel que fue «levantado» por nosotros en la cruz. Adorémoslo por nosotros y por todo el género humano. Quien lo mira con fe no muere. Y si muere, será para entrar en la vida eterna.

“Después de tres días resucitaré”, predijo Jesús (cf. Mt 9, 31). Nosotros también, después de estos días que esperamos sean cortos, nos levantaremos y saldremos de las tumbas de nuestros hogares. No para volver a la vida anterior como Lázaro, sino a una vida nueva, como Jesús. Una vida más fraterna, más humana. ¡Más cristiana!

Santo Padre



I

**DIRECCION EN INTERNET:
w2.vatican.va**

II

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

(5-4-2020)

Jesús «se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Flp 2,7). Con estas palabras del apóstol Pablo, dejémosnos introducir en los días santos, donde la Palabra de Dios, como un estribillo, nos muestra a Jesús como siervo: el siervo que lava los pies a los discípulos el Jueves santo; el siervo que sufre y que triunfa el Viernes santo (cf. Is 52,13); y mañana, Isaías profetiza sobre Él: «Mirad a mi Siervo, a quien sostengo» (Is 42,1). Dios nos salvó sirviéndonos. Normalmente pensamos que somos nosotros los que servimos a Dios. No, es Él quien nos sirvió gratuitamente, porque nos amó primero. Es difícil amar sin ser amados, y es aún más difícil servir si no dejamos que Dios nos sirva.

Pero, una pregunta: ¿Cómo nos sirvió el Señor? Dando su vida por nosotros. Él nos ama, puesto que pagó por nosotros un gran precio. Santa Ángela de Foligno aseguró haber escuchado de Jesús estas palabras: «No te he amado en broma». Su amor lo llevó a sacrificarse por nosotros, a cargar sobre sí todo nuestro mal. Esto nos deja con la boca abierta: Dios nos salvó dejando que nuestro mal se ensañase con Él. Sin defenderse, sólo con la humildad, la paciencia y la obediencia del siervo, simplemente con la fuerza del amor. Y el Padre sostuvo el servicio de Jesús, no destruyó el mal que se abatía sobre Él, sino que lo sostuvo en su sufrimiento, para que

sólo el bien venciera nuestro mal, para que fuese superado completamente por el amor. Hasta el final.

El Señor nos sirvió hasta el punto de experimentar las situaciones más dolorosas de quien ama: la traición y el abandono.

La traición. Jesús sufrió la traición del discípulo que lo vendió y del discípulo que lo negó. Fue traicionado por la gente que lo aclamaba y que después gritó: «Sea crucificado» (Mt 27,22). Fue traicionado por la institución religiosa que lo condenó injustamente y por la institución política que se lavó las manos. Pensemos en las traiciones pequeñas o grandes que hemos sufrido en la vida. Es terrible cuando se descubre que la confianza depositada ha sido defraudada. Nace tal desilusión en lo profundo del corazón que parece que la vida ya no tuviera sentido. Esto sucede porque nacimos para amar y ser amados, y lo más doloroso es la traición de quién nos prometió ser fiel y estar a nuestro lado. No podemos ni siquiera imaginar cuán doloroso haya sido para Dios, que es amor.

Examinémonos interiormente. Si somos sinceros con nosotros mismos, nos daremos cuenta de nuestra infidelidad. Cuánta falsedad, hipocresía y doblez. Cuántas buenas intenciones traicionadas. Cuántas promesas no mantenidas. Cuántos propósitos desvanecidos. El Señor conoce nuestro corazón mejor que nosotros mismos, sabe que somos muy débiles e inconstantes, que caemos muchas veces, que nos cuesta levantarnos de nuevo y que nos resulta muy difícil curar ciertas heridas. ¿Y qué hizo para venir a nuestro encuentro, para servirnos? Lo que había dicho por medio del profeta: «Curaré su deslealtad, los amaré generosamente» (Os 14,5). Nos curó cargando sobre sí nuestra infidelidad, borrando nuestra traición. Para que nosotros, en vez de desanimarnos por el miedo al fracaso, seamos capaces de levantar la mirada hacia el Crucificado, recibir su abrazo y decir: “Mira, mi infidelidad está ahí, Tú la cargaste, Jesús. Me abres tus brazos, me sirves con tu amor, continúas sosteniéndome... Por eso, ¡sigo adelante!”.

El abandono. En el Evangelio de hoy, Jesús en la cruz dice una frase, sólo una: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Es una frase dura. Jesús sufrió el abandono de los suyos, que habían huido. Pero le quedaba el Padre. Ahora, en el abismo de la soledad, por primera vez lo llama con el nombre genérico de “Dios”. Y le grita «con voz potente» el “¿por qué?”, el porqué más lacerante: “¿Por qué, también Tú, me has abandonado?”. En realidad, son las palabras de un salmo (cf. 22,2) que nos dicen que Jesús llevó a la oración incluso la desolación extrema, pero el hecho es que en verdad la experimentó. Comprobó el abandono más grande, que los Evangelios testimonian recogiendo sus palabras originales.

¿Y todo esto para qué? Una vez más por nosotros, para servirnos. Para que cuando nos sintamos entre la espada y la pared, cuando nos encon-

tremos en un callejón sin salida, sin luz y sin escapatoria, cuando parezca que ni siquiera Dios responde, recordemos que no estamos solos. Jesús experimentó el abandono total, la situación más ajena a Él, para ser solidario con nosotros en todo. Lo hizo por mí, por ti, por todos nosotros, lo ha hecho para decirnos: “No temas, no estás solo. Experimenté toda tu desolación para estar siempre a tu lado”. He aquí hasta dónde Jesús fue capaz de servirnos: descendiendo hasta el abismo de nuestros sufrimientos más atroces, hasta la traición y el abandono. Hoy, en el drama de la pandemia, ante tantas certezas que se desmoronan, frente a tantas expectativas traicionadas, con el sentimiento de abandono que nos oprime el corazón, Jesús nos dice a cada uno: “Ánimo, abre el corazón a mi amor. Sentirás el consuelo de Dios, que te sostiene”.

Queridos hermanos y hermanas: ¿Qué podemos hacer ante Dios que nos sirvió hasta experimentar la traición y el abandono? Podemos no traicionar aquello para lo que hemos sido creados, no abandonar lo que de verdad importa. Estamos en el mundo para amarlo a Él y a los demás. El resto pasa, el amor permanece. El drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que la vida no sirve, si no se sirve. Porque la vida se mide desde el amor. De este modo, en casa, en estos días santos pongámonos ante el Crucificado –mirad, mirad al Crucificado–, que es la medida del amor que Dios nos tiene. Y, ante Dios que nos sirve hasta dar la vida, pidamos, mirando al Crucificado, la gracia de vivir para servir. Procuremos contactar al que sufre, al que está solo y necesitado. No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer.

Mirad a mi Siervo, a quien sostengo. El Padre, que sostuvo a Jesús en la Pasión, también a nosotros nos anima en el servicio. Es cierto que puede costarnos amar, rezar, perdonar, cuidar a los demás, tanto en la familia como en la sociedad; puede parecer un vía crucis. Pero el camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida. Quisiera decirlo de modo particular a los jóvenes, en esta Jornada que desde hace 35 años está dedicada a ellos. Queridos amigos: Mirad a los verdaderos héroes que salen a la luz en estos días. No son los que tienen fama, dinero y éxito, sino son los que se dan a sí mismos para servir a los demás. Sentíos llamados a jugaros la vida. No tengáis miedo de gastarla por Dios y por los demás: ¡La ganaréis! Porque la vida es un don que se recibe entregándose. Y porque la alegría más grande es decir, sin condiciones, sí al amor. Es decir, sin condiciones, sí al amor, como hizo Jesús por nosotros.

III

HOMILÍA EN EL JUEVES SANTO

(Basilica, 9-4-2020)

La realidad que vivimos hoy en esta celebración: el Señor que quiere permanecer con nosotros en la Eucaristía. Y nosotros nos convertimos siempre en sagrarios del Señor; llevamos al Señor con nosotros, hasta el punto de que Él mismo nos dice que si no comemos su cuerpo y bebemos su sangre, no entraremos en el Reino de los Cielos. Este es el misterio del pan y del vino, del Señor con nosotros, en nosotros, dentro de nosotros.

El servicio. Ese gesto que es una condición para entrar en el Reino de los Cielos. Servir, sí, a todos. Pero el Señor, en aquel intercambio de palabras que tuvo con Pedro (cf. Jn 13,6-9), le hizo comprender que para entrar en el Reino de los Cielos debemos dejar que el Señor nos sirva, que el Siervo de Dios sea siervo de nosotros. Y esto es difícil de entender. Si no dejo que el Señor sea mi siervo, que el Señor me lave, me haga crecer, me perdone, no entraré en el Reino de los Cielos.

Y el sacerdocio. Hoy quisiera estar cerca de los sacerdotes, de todos los sacerdotes, desde el recién ordenado hasta el Papa. Todos somos sacerdotes: los obispos, todos... Somos ungidos, ungidos por el Señor; ungidos para celebrar la Eucaristía, ungidos para servir.

Hoy no hemos tenido la Misa Crismal –espero que podamos tenerla antes de Pentecostés, de lo contrario tendremos que posponerla hasta el año que viene–, sin embargo, no puedo dejar pasar esta Misa sin recordar a los sacerdotes. Sacerdotes que ofrecen su vida por el Señor, sacerdotes que son servidores. En estos días, más de sesenta han muerto aquí, en Italia, atendiendo a los enfermos en los hospitales, juntamente con médicos, enfermeros, enfermeras... Son “los santos de la puerta de al lado”, sacerdotes que dieron su vida sirviendo. Y pienso en los que están lejos. Hoy recibí una carta de un sacerdote franciscano, capellán de una prisión lejana, que cuenta cómo vive esta Semana Santa con los prisioneros. Sacerdotes que van lejos para llevar el Evangelio y morir allí. Un obispo me dijo que lo primero que hacía cuando llegaba a un lugar de misión, era ir al cementerio, a la tumba de los sacerdotes que murieron allí, jóvenes, por la peste y enfermedades de aquel lugar: no estaban preparados, no tenían los anticuerpos. Nadie sabe sus nombres: sacerdotes anónimos. Los curas de los pueblos, que son párrocos en cuatro, cinco, siete pueblos de montaña; van de uno a otro, y conocen a la gente... Una vez, uno de ellos me dijo que sabía el nombre de todas las personas de los pueblos. “¿En serio?”, le dije. Y él me dijo: “¡Y también

el nombre de los perros!”. Conocen a todos. La cercanía sacerdotal. Sacerdotes buenos, sacerdotes valientes.

Hoy os llevo en mi corazón y os llevo al altar. Sacerdotes calumniados. Muchas veces sucede hoy, que no pueden salir a la calle porque les dicen cosas feas, con motivo del drama que hemos vivido con el descubrimiento de las malas acciones de sacerdotes. Algunos me dijeron que no podían salir de la casa con el clergyman porque los insultaban; y ellos seguían. Sacerdotes pecadores, que junto con los obispos y el Papa pecador no se olvidan de pedir perdón y aprenden a perdonar, porque saben que necesitan pedir perdón y perdonar. Todos somos pecadores. Sacerdotes que sufren crisis, que no saben qué hacer, se encuentran en la oscuridad...

Hoy todos vosotros, hermanos sacerdotes, estáis conmigo en el altar, vosotros, consagrados. Sólo os digo esto: no sed tercos como Pedro. Dejaos lavar los pies. El Señor es vuestro siervo, está cerca de vosotros para fortaleceros, para lavaros los pies.

Y así, con esta conciencia de la necesidad de ser lavado, ¡sed grandes perdonadores! ¡Perdonad! Corazón de gran generosidad en el perdón. Es la medida con la que seremos medidos. Como has perdonado, serás perdonado: la misma medida. No tened miedo de perdonar. A veces hay dudas... Mirad a Cristo, mirad al Crucificado. Allí está el perdón para todos. Sed valientes, incluso arriesgando en el perdón para consolar. Y si no podéis dar el perdón sacramental en ese momento, al menos dad el consuelo de un hermano que acompaña y deja la puerta abierta para que [esa persona] regrese.

Doy gracias a Dios por la gracia del sacerdocio, todos nosotros agradecemos. Doy gracias a Dios por vosotros, sacerdotes. ¡Jesús os ama! Sólo os pide que os dejéis lavar los pies.

IV

HOMILÍA EN LA VIGILIA PASCUAL

(Basílica Vaticana, 11-4-2020)

«Pasado el sábado» (Mt 28,1) las mujeres fueron al sepulcro. Así comenzaba el evangelio de esta Vigilia santa, con el sábado. Es el día del Triduo pascual que más descuidamos, ansiosos por pasar de la cruz del viernes al aleluya del domingo. Sin embargo, este año percibimos más que nunca el sábado santo, el día del gran silencio. Nos vemos reflejados en los sentimientos de las mujeres durante aquel día. Como nosotros, tenían en los ojos el drama del sufrimiento, de una tragedia inesperada que se les

vino encima demasiado rápido. Vieron la muerte y tenían la muerte en el corazón. Al dolor se unía el miedo, ¿tendrían también ellas el mismo fin que el Maestro? Y después, la inquietud por el futuro, quedaba todo por reconstruir. La memoria herida, la esperanza sofocada. Para ellas, como para nosotros, era la hora más oscura.

Pero en esta situación las mujeres no se quedaron paralizadas, no cedieron a las fuerzas oscuras de la lamentación y del remordimiento, no se encerraron en el pesimismo, no huyeron de la realidad. Realizaron algo sencillo y extraordinario: prepararon en sus casas los perfumes para el cuerpo de Jesús. No renunciaron al amor: la misericordia iluminó la oscuridad del corazón. La Virgen, en el sábado, día que le sería dedicado, rezaba y esperaba. En el desafío del dolor, confiaba en el Señor. Sin saberlo, esas mujeres preparaban en la oscuridad de aquel sábado el amanecer del «primer día de la semana», día que cambiaría la historia. Jesús, como semilla en la tierra, estaba por hacer germinar en el mundo una vida nueva; y las mujeres, con la oración y el amor, ayudaban a que floreciera la esperanza. Cuántas personas, en los días tristes que vivimos, han hecho y hacen como aquellas mujeres: esparcen semillas de esperanza. Con pequeños gestos de atención, de afecto, de oración.

Al amanecer, las mujeres fueron al sepulcro. Allí, el ángel les dijo: «Vosotras, no temáis [...]. No está aquí: ¡ha resucitado!» (vv. 5-6). Ante una tumba escucharon palabras de vida... Y después encontraron a Jesús, el autor de la esperanza, que confirmó el anuncio y les dijo: «No temáis» (v. 10). No temáis, no tengáis miedo: He aquí el anuncio de la esperanza. Que es también para nosotros, hoy. Hoy. Son las palabras que Dios nos repite en la noche que estamos atravesando.

En esta noche conquistamos un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza; es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. No es un mero optimismo, no es una palmadita en la espalda o unas palabras de ánimo de circunstancia, con una sonrisa pasajera. No. Es un don del Cielo, que no podíamos alcanzar por nosotros mismos: Todo irá bien, decimos constantemente estas semanas, aferrándonos a la belleza de nuestra humanidad y haciendo salir del corazón palabras de ánimo. Pero, con el pasar de los días y el crecer de los temores, hasta la esperanza más intrépida puede evaporarse. La esperanza de Jesús es distinta, infunde en el corazón la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida.

El sepulcro es el lugar donde quien entra no sale. Pero Jesús salió por nosotros, resucitó por nosotros, para llevar vida donde había muerte, para comenzar una nueva historia que había sido clausurada, tapándola con una piedra. Él, que quitó la roca de la entrada de la tumba, puede remover las piedras que sellan el corazón. Por eso, no cedamos a la resignación, no

depositemos la esperanza bajo una piedra. Podemos y debemos esperar, porque Dios es fiel, no nos ha dejado solos, nos ha visitado y ha venido en cada situación: en el dolor, en la angustia y en la muerte. Su luz iluminó la oscuridad del sepulcro, y hoy quiere llegar a los rincones más oscuros de la vida. Hermana, hermano, aunque en el corazón hayas sepultado la esperanza, no te rindas: Dios es más grande. La oscuridad y la muerte no tienen la última palabra. Ánimo, con Dios nada está perdido.

Ánimo: es una palabra que, en el Evangelio, está siempre en labios de Jesús. Una sola vez la pronuncian otros, para decir a un necesitado: «Ánimo, levántate, que [Jesús] te llama» (Mc 10,49). Es Él, el Resucitado, el que nos levanta a nosotros que estamos necesitados. Si en el camino eres débil y frágil, si caes, no temas, Dios te tiende la mano y te dice: «Ánimo». Pero tú podrías decir, como don Abundio: «El valor no se lo puede otorgar uno mismo» (A. Manzoni, *Los Novios (I Promessi Sposi)*, XXV). No te lo puedes dar, pero lo puedes recibir como don. Basta abrir el corazón en la oración, basta levantar un poco esa piedra puesta en la entrada de tu corazón para dejar entrar la luz de Jesús. Basta invitarlo: “Ven, Jesús, en medio de mis miedos, y dime también: Ánimo”. Contigo, Señor, seremos probados, pero no turbados. Y, a pesar de la tristeza que podamos albergar, sentiremos que debemos esperar, porque contigo la cruz florece en resurrección, porque Tú estás con nosotros en la oscuridad de nuestras noches, eres certeza en nuestras incertidumbres, Palabra en nuestros silencios, y nada podrá nunca robarnos el amor que nos tienes.

Este es el anuncio pascual; un anuncio de esperanza que tiene una segunda parte: el envío. «Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea» (Mt 28,10), dice Jesús. «Va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7), dice el ángel. El Señor nos precede, nos precede siempre. Es hermoso saber que camina delante de nosotros, que visitó nuestra vida y nuestra muerte para precedernos en Galilea; es decir, el lugar que para Él y para sus discípulos evocaba la vida cotidiana, la familia, el trabajo. Jesús desea que llevemos la esperanza allí, a la vida de cada día. Pero para los discípulos, Galilea era también el lugar de los recuerdos, sobre todo de la primera llamada. Volver a Galilea es acordarnos de que hemos sido amados y llamados por Dios. Cada uno de nosotros tiene su propia Galilea. Necesitamos retomar el camino, recordando que nacemos y renacemos de una llamada de amor gratuita, allí, en mi Galilea. Este es el punto de partida siempre, sobre todo en las crisis y en los tiempos de prueba. Con la memoria de mi Galilea.

Pero hay más. Galilea era la región más alejada de Jerusalén, el lugar donde se encontraban en ese momento. Y no sólo geográficamente: Galilea era el sitio más distante de la sacralidad de la Ciudad santa. Era una zona poblada por gentes distintas que practicaban varios cultos, era la «Galilea de los gentiles» (Mt 4,15). Jesús los envió allí, les pidió que comenzaran de

nuevo desde allí. ¿Qué nos dice esto? Que el anuncio de la esperanza no se tiene que confinar en nuestros recintos sagrados, sino que hay que llevarlo a todos. Porque todos necesitan ser reconfortados y, si no lo hacemos nosotros, que hemos palpado con nuestras manos «el Verbo de la vida» (1 Jn 1,1), ¿quién lo hará? Qué hermoso es ser cristianos que consuelan, que llevan las cargas de los demás, que animan, que son mensajeros de vida en tiempos de muerte. Llevemos el canto de la vida a cada Galilea, a cada región de esa humanidad a la que pertenecemos y que nos pertenece, porque todos somos hermanos y hermanas. Acallemos los gritos de muerte, que terminen las guerras. Que se acabe la producción y el comercio de armas, porque necesitamos pan y no fusiles. Que cesen los abortos, que matan la vida inocente. Que se abra el corazón del que tiene, para llenar las manos vacías del que carece de lo necesario.

Al final, las mujeres «abrazaron los pies» de Jesús (Mt 28,9), aquellos pies que habían hecho un largo camino para venir a nuestro encuentro, incluso entrando y saliendo del sepulcro. Abrazaron los pies que pisaron la muerte y abrieron el camino de la esperanza. Nosotros, peregrinos en busca de esperanza, hoy nos aferramos a Ti, Jesús Resucitado. Le damos la espalda a la muerte y te abrimos el corazón a Ti, que eres la Vida.

V

MENSAJE URBI ET ORBI

(Basílica Vaticana, 12-4-2020)

Hoy resuena en todo el mundo el anuncio de la Iglesia: “¡Jesucristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!”.

Esta Buena Noticia se ha encendido como una llama nueva en la noche, en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!» (Secuencia pascual).

Es otro “contagio”, que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspassa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios.

El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en lumbreras de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

Hoy pienso sobre todo en los que han sido afectados directamente por el coronavirus: los enfermos, los que han fallecido y las familias que lloran por la muerte de sus seres queridos, y que en algunos casos ni siquiera han podido darles el último adiós. Que el Señor de la vida acoja consigo en su reino a los difuntos, y dé consuelo y esperanza a quienes aún están atravesando la prueba, especialmente a los ancianos y a las personas que están solas. Que conceda su consolación y las gracias necesarias a quienes se encuentran en condiciones de particular vulnerabilidad, como también a quienes trabajan en los centros de salud, o viven en los cuarteles y en las cárceles. Para muchos es una Pascua de soledad, vivida en medio de los numerosos lutos y dificultades que está provocando la pandemia, desde los sufrimientos físicos hasta los problemas económicos.

Esta enfermedad no sólo nos está privando de los afectos, sino también de la posibilidad de recurrir en persona al consuelo que brota de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación. En muchos países no ha sido posible acercarse a ellos, pero el Señor no nos dejó solos. Permaneciendo unidos en la oración, estamos seguros de que Él nos cubre con su mano (cf. Sal 138,5), repitiéndonos con fuerza: No temas, «he resucitado y aún estoy contigo» (Antífona de ingreso de la Misa del día de Pascua, Misal Romano).

Que Jesús, nuestra Pascua, conceda fortaleza y esperanza a los médicos y a los enfermeros, que en todas partes ofrecen un testimonio de cuidado y amor al prójimo hasta la extenuación de sus fuerzas y, no pocas veces, hasta el sacrificio de su propia salud. A ellos, como también a quienes trabajan asiduamente para garantizar los servicios esenciales necesarios para la convivencia civil, a las fuerzas del orden y a los militares, que en muchos países han contribuido a mitigar las dificultades y sufrimientos de la población, se dirige nuestro recuerdo afectuoso y nuestra gratitud.

En estas semanas, la vida de millones de personas cambió repentinamente. Para muchos, permanecer en casa ha sido una ocasión para reflexionar, para detener el frenético ritmo de vida, para estar con los seres queridos y disfrutar de su compañía. Pero también es para muchos un tiempo de preocupación por el futuro que se presenta incierto, por el trabajo que corre el riesgo de perderse y por las demás consecuencias que la crisis actual trae consigo. Animo a quienes tienen responsabilidades políticas a trabajar activamente en favor del bien común de los ciudadanos, proporcionando los medios e instrumentos necesarios para permitir que

todos puedan tener una vida digna y favorecer, cuando las circunstancias lo permitan, la reanudación de las habituales actividades cotidianas.

Este no es el tiempo de la indiferencia, porque el mundo entero está sufriendo y tiene que estar unido para afrontar la pandemia. Que Jesús resucitado conceda esperanza a todos los pobres, a quienes viven en las periferias, a los prófugos y a los que no tienen un hogar. Que estos hermanos y hermanas más débiles, que habitan en las ciudades y periferias de cada rincón del mundo, no se sientan solos. Procuremos que no les falten los bienes de primera necesidad, más difíciles de conseguir ahora cuando muchos negocios están cerrados, como tampoco los medicamentos y, sobre todo, la posibilidad de una adecuada asistencia sanitaria. Considerando las circunstancias, se relajen además las sanciones internacionales de los países afectados, que les impiden ofrecer a los propios ciudadanos una ayuda adecuada, y se afronten –por parte de todos los Países– las grandes necesidades del momento, reduciendo, o incluso condonando, la deuda que pesa en los presupuestos de aquellos más pobres.

Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas. Entre las numerosas zonas afectadas por el coronavirus, pienso especialmente en Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, este continente pudo resurgir gracias a un auténtico espíritu de solidaridad que le permitió superar las rivalidades del pasado. Es muy urgente, sobre todo en las circunstancias actuales, que esas rivalidades no recobren fuerza, sino que todos se reconozcan parte de una única familia y se sostengan mutuamente. Hoy, la Unión Europea se encuentra frente a un desafío histórico, del que dependerá no sólo su futuro, sino el del mundo entero. Que no pierda la ocasión para demostrar, una vez más, la solidaridad, incluso recurriendo a soluciones innovadoras. Es la única alternativa al egoísmo de los intereses particulares y a la tentación de volver al pasado, con el riesgo de poner a dura prueba la convivencia pacífica y el desarrollo de las próximas generaciones.

Este no es tiempo de la división. Que Cristo, nuestra paz, ilumine a quienes tienen responsabilidades en los conflictos, para que tengan la valentía de adherir al llamamiento por un alto el fuego global e inmediato en todos los rincones del mundo. No es este el momento para seguir fabricando y vendiendo armas, gastando elevadas sumas de dinero que podrían usarse para cuidar personas y salvar vidas. Que sea en cambio el tiempo para poner fin a la larga guerra que ha ensangrentado a la amada Siria, al conflicto en Yemen y a las tensiones en Irak, como también en el Líbano. Que este sea el tiempo en el que los israelíes y los palestinos reanuden el diálogo, y que encuentren una solución estable y duradera que les permita a ambos vivir en paz. Que acaben los sufrimientos de la población que vive en las regiones orientales de Ucrania. Que se terminen los ataques terroristas perpetrados contra tantas personas inocentes en varios países de África.

Este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas. Que el Señor de la vida se muestre cercano a las poblaciones de Asia y África que están atravesando graves crisis humanitarias, como en la Región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. Que reconforte el corazón de tantas personas refugiadas y desplazadas a causa de guerras, sequías y carestías. Que proteja a los numerosos migrantes y refugiados –muchos de ellos son niños–, que viven en condiciones insoportables, especialmente en Libia y en la frontera entre Grecia y Turquía. Y no quiero olvidar de la isla de Lesbos. Que permita alcanzar soluciones prácticas e inmediatas en Venezuela, orientadas a facilitar la ayuda internacional a la población que sufre a causa de la grave coyuntura política, socioeconómica y sanitaria.

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras que realmente queremos escuchar en este tiempo no son indiferencia, egoísmo, división y olvido. ¡Queremos suprimirlas para siempre! Esas palabras pareciera que prevalecen cuando en nosotros triunfa el miedo y la muerte; es decir, cuando no dejamos que sea el Señor Jesús quien triunfe en nuestro corazón y en nuestra vida. Que Él, que ya venció la muerte abriéndonos el camino de la salvación eterna, disipe las tinieblas de nuestra pobre humanidad y nos introduzca en su día glorioso que no conoce ocaso.

Con estas reflexiones, os deseo a todos una feliz Pascua.

VI

HOMILÍA EN EL DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

(Iglesia de Santo Spirito in Sassia, 19-4-2020)

El domingo pasado celebramos la resurrección del Maestro, y hoy asistimos a la resurrección del discípulo. Había transcurrido una semana, una semana que los discípulos, aun habiendo visto al Resucitado, vivieron con temor, con «las puertas cerradas» (Jn 20,26), y ni siquiera lograron convencer de la resurrección a Tomás, el único ausente. ¿Qué hizo Jesús ante esa incredulidad temerosa? Regresó, se puso en el mismo lugar, «en medio» de los discípulos, y repitió el mismo saludo: «Paz a vosotros» (Jn 20,19.26). Volvió a empezar desde el principio. La resurrección del discípulo comenzó en ese momento, en esa misericordia fiel y paciente, en ese descubrimiento de que Dios no se cansa de tendernos la mano para levantarnos de nuestras caídas. Él quiere que lo veamos así, no como un patrón con quien tenemos que ajustar cuentas, sino como nuestro Papá, que nos levanta

siempre. En la vida avanzamos a tuestas, como un niño que empieza a caminar, pero se cae; da pocos pasos y vuelve a caerse; cae y se cae una y otra vez, y el papá lo levanta de nuevo. La mano que siempre nos levanta es la misericordia. Dios sabe que sin misericordia nos quedamos tirados en el suelo, que para caminar necesitamos que vuelvan a ponernos en pie.

Y tú puedes objetar: “¡Pero yo sigo siempre cayendo!”. El Señor lo sabe y siempre está dispuesto a levantarnos. Él no quiere que pensemos continuamente en nuestras caídas, sino que lo miremos a Él, que en nuestras caídas ve a hijos a los que tiene que levantar y en nuestras miserias ve a hijos a los que tiene que amar con misericordia. Hoy, en esta iglesia que se ha convertido en santuario de la misericordia en Roma, en el Domingo que veinte años atrás san Juan Pablo II dedicó a la Divina Misericordia, acojamos con confianza este mensaje. Jesús le dijo a santa Faustina: «Yo soy el amor y la misericordia misma; no existe miseria que pueda medirse con mi misericordia» (Diario, 14 septiembre 1937). En otra ocasión, la santa le dijo a Jesús, con satisfacción, que le había ofrecido toda su vida, todo lo que tenía. Pero la respuesta de Jesús la desconcertó: «Hija mía, no me has ofrecido lo que es realmente tuyo». ¿Qué cosa había retenido para sí aquella santa religiosa? Jesús le dijo amablemente: «Hija, dame tu miseria» (10 octubre 1937). También nosotros podemos preguntarnos: “¿Le he entregado mi miseria al Señor? ¿Le he mostrado mis caídas para que me levante?”. ¿O hay algo que todavía me guardo dentro? Un pecado, un remordimiento del pasado, una herida en mi interior, un rencor hacia alguien, una idea sobre una persona determinada... El Señor espera que le presentemos nuestras miserias, para hacernos descubrir su misericordia.

Volvamos a los discípulos. Habían abandonado al Señor durante la Pasión y se sentían culpables. Pero Jesús, cuando fue a encontrarse con ellos, no les dio largos sermones. Sabía que estaban heridos por dentro, y les mostró sus propias llagas. Tomás pudo tocarlas y descubrió lo que Jesús había sufrido por él, que lo había abandonado. En esas heridas tocó con sus propias manos la cercanía amorosa de Dios. Tomás, que había llegado tarde, cuando abrazó la misericordia superó a los otros discípulos; no creyó sólo en su resurrección, sino también en el amor infinito de Dios. E hizo la confesión de fe más sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Así se realiza la resurrección del discípulo, cuando su humanidad frágil y herida entra en la de Jesús. Allí se disipan las dudas, allí Dios se convierte en mi Dios, allí volvemos a aceptarnos a nosotros mismos y a amar la propia vida.

Queridos hermanos y hermanas: En la prueba que estamos atravesando, también nosotros, como Tomás, con nuestros temores y nuestras dudas, nos reconocemos frágiles. Necesitamos al Señor, que ve en nosotros, más allá de nuestra fragilidad, una belleza perdurable. Con Él

descubrimos que somos valiosos en nuestra debilidad, nos damos cuenta de que somos como cristales hermosísimos, frágiles y preciosos al mismo tiempo. Y si, como el cristal, somos transparentes ante Él, su luz, la luz de la misericordia brilla en nosotros y, por medio nuestro, en el mundo. Ese es el motivo para alegrarse, como nos dijo la Carta de Pedro, «alegraos de ello, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas» (1 P 1,6).

En esta fiesta de la Divina Misericordia el anuncio más hermoso se da a través del discípulo que llegó más tarde. Sólo él faltaba, Tomás, pero el Señor lo esperó. La misericordia no abandona a quien se queda atrás. Ahora, mientras pensamos en una lenta y ardua recuperación de la pandemia, se insinúa justamente este peligro: olvidar al que se quedó atrás. El riesgo es que nos golpee un virus todavía peor, el del egoísmo indiferente, que se transmite al pensar que la vida mejora si me va mejor a mí, que todo irá bien si me va bien a mí. Se parte de esa idea y se sigue hasta llegar a seleccionar a las personas, descartar a los pobres e inmolar en el altar del progreso al que se queda atrás. Pero esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad. Aprendamos de la primera comunidad cristiana, que se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Había recibido misericordia y vivía con misericordia: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,44-45). No es ideología, es cristianismo.

En esa comunidad, después de la resurrección de Jesús, sólo uno se había quedado atrás y los otros lo esperaron. Actualmente parece lo contrario: una pequeña parte de la humanidad avanzó, mientras la mayoría se quedó atrás. Y cada uno podría decir: “Son problemas complejos, no me toca a mí ocuparme de los necesitados, son otros los que tienen que hacerse cargo”. Santa Faustina, después de haberse encontrado con Jesús, escribió: «En un alma que sufre debemos ver a Jesús crucificado y no un parásito y una carga... [Señor], nos ofreces la oportunidad de ejercitarnos en las obras de misericordia y nosotros nos ejercitamos en los juicios» (Diario, 6 septiembre 1937). Pero un día, ella misma le presentó sus quejas a Jesús, porque: ser misericordiosos implica pasar por ingenuos. Le dijo: «Señor, a menudo abusan de mi bondad», y Jesús le respondió: «No importa, hija mía, no te fijes en eso, tú sé siempre misericordiosa con todos» (24 diciembre 1937). Con todos, no pensemos sólo en nuestros intereses, en intereses particulares. Aprovechemos esta prueba como una oportunidad para preparar el mañana de todos, sin descartar a ninguno: de todos. Porque sin una visión de conjunto nadie tendrá futuro.

Hoy, el amor desarmado y desarmante de Jesús resucita el corazón del discípulo. Que también nosotros, como el apóstol Tomás, acojamos la misericordia, salvación del mundo, y seamos misericordiosos con el que es más débil. Sólo así reconstruiremos un mundo nuevo.

VII

CARTA A TODOS LOS FIELES PARA EL MES DE MAYO DE 2020

(25-4-2020)

Se aproxima el mes de mayo, en el que el pueblo de Dios manifiesta con particular intensidad su amor y devoción a la Virgen María. En este mes, es tradición rezar el Rosario en casa, con la familia. Las restricciones de la pandemia nos han “obligado” a valorizar esta dimensión doméstica, también desde un punto de vista espiritual.

Por eso, he pensado proponerles a todos que redescubramos la belleza de rezar el Rosario en casa durante el mes de mayo. Ustedes pueden elegir, según la situación, rezarlo juntos o de manera personal, apreciando lo bueno de ambas posibilidades. Pero, en cualquier caso, hay un secreto para hacerlo: la sencillez; y es fácil encontrar, incluso en internet, buenos esquemas de oración para seguir.

Además, les ofrezco dos textos de oraciones a la Virgen que pueden recitar al final del Rosario, y que yo mismo diré durante el mes de mayo, unido espiritualmente a ustedes. Los adjunto a esta carta para que estén a disposición de todos.

Queridos hermanos y hermanas: Contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre, nos unirá todavía más como familia espiritual y nos ayudará a superar esta prueba. Rezaré por ustedes, especialmente por los que más sufren, y ustedes, por favor, recen por mí. Les agradezco y los bendigo de corazón.

I. Oración a María

Oh María,
tú resplandeces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.
A ti nos encomendamos, Salud de los enfermos,
que al pie de la cruz fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación del pueblo romano,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de esta prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dirá,
Él que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios,
no desprecies nuestras súplicas en las necesidades,
antes bien líbranos de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.

II. Oración a María

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios».

En la dramática situación actual, llena de sufrimientos y angustias que oprimen al mundo entero, acudimos a ti, Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos refugio bajo tu protección.

Oh Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos en esta pandemia de coronavirus, y consuela a los que se encuentran confundidos y lloran por la pérdida de sus seres queridos, a veces sepultados de un modo que hiera el alma. Sostiene a aquellos que están angustiados porque, para evitar el contagio, no pueden estar cerca de las personas enfermas. Infunde confianza a quienes viven en el temor de un futuro incierto y de las consecuencias en la economía y en el trabajo.

Madre de Dios y Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz. Como en Caná, intercede ante tu Divino Hijo, pidiéndole que consuele a las familias de los enfermos y de las víctimas, y que abra sus corazones a la esperanza.

Protege a los médicos, a los enfermeros, al personal sanitario, a los voluntarios que en este periodo de emergencia combaten en primera línea y arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su heroico esfuerzo y concédeles fuerza, bondad y salud.

Permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos, y a los sacerdotes que, con solicitud pastoral y compromiso evangélico, tratan de ayudar y sostener a todos.

Virgen Santa, ilumina las mentes de los hombres y mujeres de ciencia, para que encuentren las soluciones adecuadas y se venza este virus.

Asiste a los líderes de las naciones, para que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad, socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir, planificando soluciones sociales y económicas de largo alcance y con un espíritu de solidaridad.

Santa María, toca las conciencias para que las grandes sumas de dinero utilizadas en la incrementación y en el perfeccionamiento de armamentos sean destinadas a promover estudios adecuados para la prevención de futuras catástrofes similares.

Madre amantísima, acrecienta en el mundo el sentido de pertenencia a una única y gran familia, tomando conciencia del vínculo que nos une a todos, para que, con un espíritu fraterno y solidario, salgamos en ayuda de las numerosas formas de pobreza y situaciones de miseria. Anima la firmeza en la fe, la perseverancia en el servicio y la constancia en la oración.

Oh María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible epidemia y que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad.

Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Mensajes

La verdad profunda de la Semana Santa	333
El Señor resucitó! ¡Aleluya!	335
La Iglesia, hospital de campaña de la misericordia	337
El Camino de Emaús, una terapia de esperanza	339

Otras intervenciones

Caminamos alegres con Jesús	341
Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo	345

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de abril	353
-------------------------------	-----

CURIA
DIOCESANA

Vicaría General

Ante la nueva etapa de desconfinamiento	354
---	-----

Secretaría General

En la Paz del Señor: Rvdo. D. Gonzalo Juarros Fernández	357
---	-----

Delegación de Pastoral Vocacional

Carta del Delegado a los sacerdotes	359
Carta del Director de las OMP a los sacerdotes ..	360

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

Delegación de Medios de Comunicación

Noticias de interés	362
---------------------------	-----

COMUNICADOS
ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es	380
La Iglesia española llama a la solidaridad	380
Campanas para anunciar la Resurrección y la Esperanza	383

El Secretario General de la CEE apela a trabajar por el bien común	385
La Comisión Ejecutiva de la CEE invita a la corresponsabilidad y generosidad económica ante la pandemia	387
La Iglesia Española invita a rezar por las vocaciones desde el confinamiento	388
Se aplaza al día 8 de diciembre la Campaña del día del Seminario	390
Nota de la comisión ejecutiva ante el inicio de la salida del confinamiento	391

Predicador de la Casa Pontificia

Predicación en la celebración de la Pasión del Señor en el Viernes Santo	396
--	-----

Santo Padre

Dirección en Internet: w2.vatican.van	400
Homilía en el Domingo de Ramos	400
Homilía en el Jueves Santo	403
Homilía en la Vigilia Pascual	404
Mensaje Urbi et Orbi en el día de Pascua	407
Homilía en el Domingo de la Misericordia	410
Carta con motivo del mes de Mayo	413

Fotocomposición: Rico Adrados, S.L.

Imprime: Rico Adrados, S.L.

Depósito legal: BU-90. – 1967

ISSN: 1885-2033

